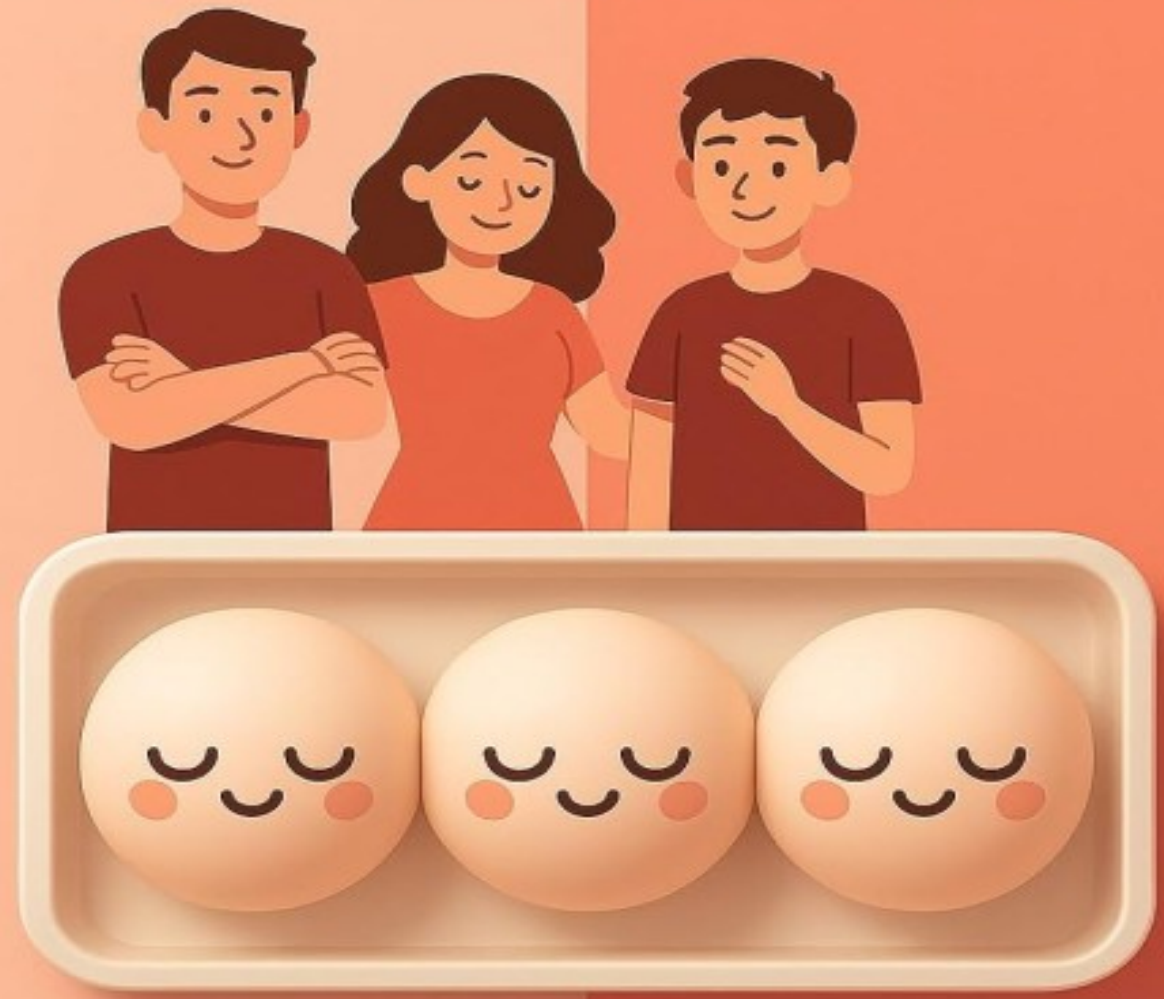
SI EL HORNO NO ESTÁ PARA BOLLOS...



Raquel García

SI EL HORNO NO ESTÁ PARA BOLLOS...

Raquel García

Capítulo 1

—¡Mamá! Son las siete y diez.

Aby dejó escapar un sonido ronco, medio de protesta, medio de pereza mientras escapaba del sueño a la fuerza por culpa de Luca, su hijo de casi quince años que no dejaba de zarandearla y destaparla.

—Cinco minutos más...

—¡No! ¡Ya! ¿Sabes la hora que es?

Aby volvió a gruñir y se incorporó abriendo lo justo los ojos para ver la alta silueta de Luca moviéndose por la habitación.

Joder... Con el dolor de cabeza que tenía...

—¿Las siete y diez?

Luca se detuvo bruscamente.

—¡Ya son y cuarto!

Aby hizo una mueca.

—No han pasado cinco minutos... —aseguró llevándose las manos a las sienes.

—¡Vas a llegar tarde al trabajo!

—Ya, ya...

—¡Y lo que es peor, yo también voy a llegar tarde!

Aby abrió completamente los ojos y miró el rostro bronceado de Luca, su cabello rubio ceniza y sus ojos color almendra tostada

heredados de la larga genética de su abuelo.

—Sí, mamá —bromeó, saliendo de la cama y ganándose una furibunda mirada de parte de su hijo.

—Margaret lleva esperándote en la cocina desde las siete...

Aby volvió a gruñir. Su amiga forzada y compañera de trabajo solía ir a desayunar con ellos y devorar todas las deliciosas tortitas con nata y miel que preparaba Luca antes de que ella tuviera la oportunidad de probarlas.

—¡Podrías haberme despertado antes! —protestó agarrando las zapatillas y deteniéndose bruscamente cuando Luca se detuvo muy serio frente a la puerta para impedirle bajar las escaleras y señaló la puerta cerrada del cuarto de baño.

—Primero una ducha y ¡lávate los dientes!

Aby puso los ojos en blanco.

—Que sí, que sí, mamá.

Aby escuchó como Luca bajaba las escaleras y se precipitó al cuarto de baño. Se dio una ducha rápida, se lavó los dientes y tras vestirse aún más rápido, se echó los pelos aún mojados hacia atrás y se los recogió en la coronilla antes de bajar las escaleras estrepitosamente agarrada a la barandilla e irrumpió en la cocina donde una alegre y pecosa Margaret la recibió con una sonrisa.

—Eres una perezosa.

Aby se acercó a la mesa y levantó el plato donde se suponía que estaban las tortitas y dejó escapar un suspiro cuando descubrió que aún quedaban cuatro antes de lanzar una lánguida mirada a su amiga.

—Deberías dejar de venir a robar el desayuno de los demás.

Margaret le enseñó los dientes.

—No es como si tú hicieras ese desayuno.

Aby le devolvió la sonrisa mostrando la misma cantidad de dientes.

—Lo hace mi hijo con todo el amor.

—Más comer y menos hablar —soltó Luca dejando sobre la mesa una humeante taza de café y le lanzó una de esas agrias miradas que sin duda había aprendido de ella—. ¡Vosotras vais a llegar tarde al trabajo y yo al instituto!

Las dos mujeres se miraron mientras Luca subía a por su mochila sin dejar de refunfuñar por lo bajo.

—Sobre todo con todo su amor... Por una madre incompetente.

—Creo que te incluía en el pack.

Margaret se encogió de hombros y trató de alcanzar otra de las tortitas pero Aby fue más rápida, hundiendo su tenedor en las tortitas restantes que había sobre el plato.

—Ni se te ocurra —le advirtió.

—Tacaña... —murmuró su amiga poniéndose en pie.

Trabajaban en uno de los dos bancos que disponía el pueblo, el único banco local que se había mantenido inamovible tras la apertura del banco nacional, mucho más amplio, mucho más lujoso pero que en definitiva hacía lo mismo que el resto.

Aby había empezado a trabajar allí cuando había vuelto a su pueblo natal, un lugar lleno de recuerdos de su infancia, de sus padres, de su única hermana, de sus amigos y enemigos e, incluso, su primer amor. No todos eran recuerdos buenos y de hecho fue en ese lugar donde todo se había empezado a desmoronar, desde los cimientos familiares hasta los lazos de amistad y el amor.

Pero también había sido aquel lugar, Menhill, un pueblo cerrado y lleno de costumbres el único en el que podía pensar cuando hacía ya ocho años había necesitado refugiarse en un lugar seguro.

—Abigail, querida —la saludó la señora Dorothy Ferson, una mujer de ochenta y tres años tal y como rezaba su documento de identidad y la ficha que le mostraba la pantalla del ordenador pero quién aseguraba a punta de escopeta si era necesario y como había descubierto su buena (y chismosa) vecina que tan solo tenía setenta y uno.

Y de hecho llevaba con setenta y uno los últimos seis años.

—Buenos días, señora Ferson. Hoy ha madrugado mucho.

—¡No he tenido otra opción! ¿Te puedes creer que la pajarraca de la señora Pickles le ha estado haciendo carantoñas a Elliot Marjot? ¡Él es cuatro años más joven que ella! ¡Indecente! Del disgusto no he podido pegar ojo en toda la noche.

Margaret puso los ojos en blanco mientras el insistente parloteo de Dorothy parecía no tener fin. Aby, más discretamente que su amiga se limitó a escuchar, al menos a hacer como que escuchaba dejando escapar algunos monosílabos de asentimiento y negación y bastantes "hm" en las partes que se encontraba desconectando y agradeció que Timoty Orlens, el conserje del instituto de su hijo cuyo carácter no muy agradable ya también era la comidilla de las reuniones sociales del pueblo desde que había rechazado a Leticia Larson cuando ella se le declaró muy discretamente en uno de los dos parques del pueblo y terminó siendo chismorreo local desde hacía un año.

Sin duda la gente se ese lugar se aburría demasiado... Y de hecho Aby empezaba a notar los primeros indicios de paranoia colectiva cuando se encontraba interesada y poniendo la oreja en la cafetería, en la cola del supermercado, la peluquería...

—A ver, señora, que no todos tenemos todo el día para tanta tontería —explotó finalmente Timoty con un chasquido de lengua y peinándose su cabello castaño haciendo a atrás bastante molesto.

La señora Ferson se calló bruscamente, cerró la boca y se giró con una gracia que Aby estaba segura no tendría a su edad y lanzó una

mirada a Timoty Orlens que hubiera podido desintegrar a cualquiera en el acto, incluso aunque el hombre le sacaba dos cabezas y tenía cuarenta años menos.

Cuarenta y tres para ser más exactos pero eso era otra historia.

—¿Así que eres de los que piensa que por estar una jubilada no tenemos nada que hacer?

Timoty dejó escapar un gruñido de impaciencia y Aby sintió lástima por él pero deseó apartarlos a un lado y poder seguir atendiendo una fila que cada vez crecía más y se cambiaba a la ventanilla de Margaret y Oliver todo lo disimuladamente posible pero que desde su ángulo resultaba demasiado evidente.

—Por supuesto que no, señora, solo le estoy diciendo que hable menos y deje pasar a los demás.

—Es mi turno. En él puedo hacer lo que quiera. Si no está contento haber venido primero.

—Esto es el colmo... ¿Es que nadie va a decir nada?

Aby se llevó una mano a la frente y empezó a frotarla con fuerza... ¿Por qué siempre tenía que ocurrir algo en su fila?

—Deberías controlar tu carácter, muchacho. Así no conseguirás casarte nunca.

Aby vio como la expresión de Timoty se contraía y maldijo en voz

baja mirando a Margaret y Oliver en busca de ayuda pero los dos miraron hacia otro lado en cuanto se dieron cuenta de su silenciosa súplica.

—Traidora... —murmuró Aby poniéndose en pie y recordándose que el protocolo era no salir de la protección que le daba aquel espacio cerrado—. Está bien, es suficiente. Esto es un banco. O se viene a algo o no se viene. A discutir, por favor, vayan a otro sitio. Siguiente, por favor.

—Cada día más amargada, Abigail —rió otra señora desde uno de los asientos—. Deberías pensar en ir rehaciendo tu vida.

—Mi vida es perfecta tal y como es, gracias señora Donell.

—No digas tonterías —corroboró Dorothy—. Tienes treinta y tres años y un hijo adolescente. Sin duda necesitas un hombre en tu vida.

—¡Lo que me faltaba por oír!

Y aquella era otra de esas conversaciones en las que ella se veía incluida, incluso siendo el tema de conversación. Respiró hondo. Sí, era verdad. En ese pueblo no había privacidad.

—Mi hija me llamó —continuó la señora del asiento—. Al parecer Aldo Jeksey viene a pasar unos días con sus tíos.

Abigail sintió que se le detenía bruscamente el corazón y se le congelaba toda la sangre del cuerpo.

—¿Qué?

—Sí, sí, aunque no quieras un hombre al menos deberías exigir que se hiciera cargo de su hijo de una vez, ¿no crees?

—Es verdad —Aseguró Moly, una compañera de clase con quien no había tenido mucho trato desde que volvió al pueblo. Ya estaba casada, divorciada y tenía dos hijos. Se cruzó de brazos—. Tener un hijo es cosa de dos y tú llevas quince años haciéndote cargo de un sola. Ahora que cumpla él con su deber.

Aby sintió que desfallecía y necesitó agarrarse a la mesa para no caerse. Incluso vio como Margaret se incorporaba, preocupada, aunque sin duda por un motivo diferente por el que Aby empezaba a verlo todo cuesta arriba.

Aldo Jeksey volvía al pueblo y contra todo pronóstico de la primera noticia que se enteraría era que ella tenía un hijo.

Un hijo de él.

Capítulo 2

—¿Es mi hijo?

Aby miró el inconfundible rostro de Aldo. Era imposible olvidarlo. Su cabello rubio, sus ojos verdes… La forma de su nariz, el fuerte mentón… Era guapo. No, de hecho tras tantos años sin verse más

que guapo podía decir que se había vuelto mucho más hombre. Sin duda el sueño húmedo de cualquier mujer pero no de ella.

Ahora mismo lo detestaba.

—No.

—Eso no es lo que va diciendo medio pueblo.

—Ni aunque sea el pueblo entero. Si yo digo que no es tu hijo, no lo es. Y si no hay nada más, buenas noches.

Y trató de cerrar la puerta.

—Espera.

Aldo se adelantó rápidamente para alcanzar la puerta y agarró el extremo con una mano, impidiendo que ella pudiera cerrarla. Cada vez más irritada, Aby alzó los ojos hacia los verdes del hombre.

—¿Qué?

—¿No me vas a invitar a entrar? Creo que tenemos mucho que hablar.

—Ya te digo yo que no.

—En serio, Aby.

—Y yo te digo que no. Esta es una casa decente y los dos podemos ahorrarnos los chismes de mañana si alguien te ve entrando en mi casa a estas horas.

—¿Y qué importan los chismes?

Aby puso los ojos en blanco.

—Tal vez a ti no pero seguro que a la encantadora mujer que ha venido contigo le importan bastante.

—¿Sally?

—No lo sé. No tengo el gusto de conocerla.

—Es solo…

—Ni lo intentes —Aby puso una mano entre los dos y él se vio obligado a guardar silencio—. Ni necesitas darme una explicación ni me interesa.

Joder… Si es que no podía ser más estúpida. Desde que se había enterado que volvía al pueblo y volverían a verse después de tantos años, no había podido sentir cierto retortijón en el estómago, sin duda ella lo había interpretado mal, ya que solo habían sido los gases haciendo un batido de mayonesa en su estomago antes de decidir reventar en medio de la misa del domingo. Margaret y Luca se habían reído tanto que la mirada del padre Avery les había bendecido con un viaje con gastos pagados directamente al infierno.

—Aby, si ese niño es mi hijo…

—Y dale con eso. ¿Es que de verdad te vas a creer todo lo que dicen en este sitio? Luca no es tu hijo.

—Es rubio.

Joder…

—Sí, como varios millones de personas más en el mundo.

Aldo le dirigió una fría mirada. Joder lo que le había puesto esa mirada cuando era joven y estúpida, antes de que el muy cabrón decidiera largarse con Mary Josefine Anderson ¡Si hasta el nombre le producía escalofríos! Siempre había sido estúpida, prepotente y engreída pero a medida que habían ido creciendo se había vuelto malvada, disfrutando y riéndose del mal ajeno, convirtiéndose en una acosadora y deseando aquello que no podía tener.

Aldo había sido una de esas cosas.

Jugador estrella del equipo de futbol, alto, guapo, agradable, extrovertido y con unos encantadores hoyuelos cada vez que sonreía.

Entre ellos siempre había existido una química especial. Al menos así lo había creído ella. Aunque ella era la rebelde del pueblo con una familia desestructurada, Aldo se había enmarado de ella o, al menos, eso era lo que ella había creído, y como una estúpida adolescente que recibe un poco de cariño y atención, había caído como un ganso, entregándose a él en cuerpo y alma para que la realidad no

tardara en golpearla cuando Aldo se había largado con Mary Josefine a Nueva York.

No había tenido mucho tiempo para llorarlo. Sus padres se divorciaban irreversiblemente y los rumores de sus infidelidades circulaban por el pueblo como la pólvora, incluso eclipsando la huida de los dos jóvenes amantes. Se mudaron a Atlanta, primero con su madre, quien estaba harta de tenerse que hacer cargo de sus dos hijas y no tener tiempo para ella y su nuevo novio, luego Alina, su hermana mayor, le sugirió de mudarse juntas en cuanto ella empezara la universidad.

Al principio la idea fue buena, al igual que la convivencia. Las dos trabajaban y estudiaban al mismo tiempo y durante un tiempo Aby fue más feliz que en toda su vida, pero su hermana empezó a tratar con amigos y amigas que la introdujeron en las drogas. Un coqueteo al principio, luego algo más serio. Dejó los estudios, estaba fuera de casa todo el día, drogada, borracha…. Solo a los cuatro meses se dio cuenta que estaba embarazada y Aby había tenido que cuidarla el resto de meses para que no terminara suicidándose horrorizada con la idea de ser madre.

No tuvo que enfrentarse a ello.

Alina no sobrevivió al parto y fue ella quien decidió encargarse del niño, adoptándolo como hijo suyo.

Ocultarle la verdad no había sido su intención. Ni a Luca ni a nadie, pero Jack Letto, el supuesto padre de Luca, el amante de Alina, aquel que la había arrastrado a ese mundo que al final la había consumido, había aparecido una noche en su casa, drogado, exigiendo ver a Alina y diciendo que Luca era su hijo en cuanto descubrió que Alina había fallecido y vio al niño en la cuna.

Aby lo había negado, por supuesto y desesperada había dicho que era su hijo, había hecho creer a todo el mundo que ese era su hijo. Jack no se había conformado del todo pero tampoco había intentado pedir una prueba de paternidad. Aby tampoco había considerado la opción de luchar contra él en un tribunal por la custodia de Luca, ni siquiera creyendo que ella ganaría si podía demostrar que él era un drogadicto y presentaba un riesgo para el niño. Ya había visto que aquel hombre tenía dos caras y no solo podía ser muy persuasivo, mostrando una apariencia impecable.

También estaba segura que todo el asqueroso dinero que tenía también podía comprar cualquier cosa, como la opinión que se ponía tener sobre él o sobre ella. Y la influencia de su familia en los altos grupos sociales también podía terminar resultando un persuasivo motivo para terminar dando la custodia de Luca.

Nada más descubrir que el piso donde vivía había terminado siendo pagado casi en su totalidad por él y Jack había exigido el pago de la misma manera que lo conseguía de Alina, satisfaciendo sus deseos y necesidades en la cama, Aby le había golpeado con una botella de cerveza de dos litros que su hermana había tratado de dejar mientras estaba embarazada y agarrando solo a Luca había huido de allí en busca de las únicas dos figuras en las que podía pensar en ese momento: sus padres.

Su ayuda fue limitada y no cómoda.

Descubrir que en realidad era un estorbo para sus padres, para la nueva vida que querían tener donde sin duda no entraba ella y mucho menos el hijo de su hermana fallecida a quien solo habían asistido a su entierro, haciéndose cargo de los gastos y desapareciendo en cuanto terminó todo, sin siquiera interesarse por el niño que ella cargaba, fue como un balde de agua fría sobre ella.

No tenía a donde ir, ni a quien acudir, pero se las arregló viajando de un lado a otro, la mayoría de las veces con la ayuda de unas amigas que había conocido en Atlanta mientras vivía con Alina y tras varios años trabajando y estudiando como podía mientras se hacía cargo de Luca, decidió buscar un lugar más seguro, pensando solo entonces en Menhill.

Regresar a su pueblo natal la arrastró a viejos recuerdos bastantes olvidados gracias a todos los problemas, al fallecimiento de su hermana, a la necesidad de ocultarse de Jack y al hecho de que sin pretenderlo se había convertido en madre y un lugar donde parece vivir únicamente por los cotilleos, su regreso y sobre todo, su regreso con un niño de ocho años, no había hecho otra cosa que empezaran los rumores, haciendo unos cálculos en los que la ponían un embarazo antes de dejar el pueblo y por tanto, un embarazo que solo podía haber sido causado por alguien del pueblo y el hombre con quien Aby había estado saliendo en aquel entonces antes de que se largara con Mary Josefine había sido Aldo Jeksey.

Para todo el pueblo el padre de Luca era Aldo Jeksey.

La verdad importaba poco.

—Hablemos, Aby.

—¿Mamá?

Aby apretó los labios, maldiciendo por lo bajo cuando escuchó la vacilante voz de su hijo a su derecha. Vio con la bilis en la garganta como Aldo también giraba el cuello hacia su hijo y como Luca giraba el cuello de ella a Aldo antes de fruncir el ceño y volver a mirarla con recelo.

—Entra en casa —ordenó ella.

Luca caminó en guardia hasta alcanzarla, deteniéndose también en la puerta, como un muro frente a la puerta entreabierta con la seguridad de que opondría resistencia si aquel extraño que era Aldo para él intentaba algo raro.

—¿Quién es? —preguntó sin apartar la mirada, molesto.

—No es nadie. Entra dentro. El señor ya se iba.

Aby le lanzó una mirada de advertencia a Aldo que se limitó a mirar a Luca.

—Vale… —aceptó Luca dándose la vuelta para entrar.

—Espera —dijo Aldo haciendo que Aby diera un paso al frente—. Soy tu padre.

Aby respiró ruidosamente, conteniendo con tanta fuerza la respiración que sintió como todo el aire del pescado al horno que ya empezaba a tener un tufillo a quemado se le adhería con fuerza a los pulmones.

Luca se giró bruscamente, prácticamente dejando caer la bolsa de deporte azul con la que llevaba dos años y que siempre arrastraba a los entrenamientos con el señor Davidson.

—¿Qué?

La expresión sorprendida de Luca analizó detenidamente a Aldo, su musculoso y fibroso cuerpo producto de los fuertes entrenamientos de fútbol, un cuerpo diferente al de Luca incluso a la misma edad, quien era mucho más delgado aunque no menos atlético pero mientras a Aldo le había apasionado el fútbol, a Luca le encantaba la natación.

Aby vio como Luca también analizaba el rostro de Aldo, sus ojos, unos en los que no se vería reflejados ya que Aldo los tenía verdes y Luca había heredado los de Alina y un cabello rubio y espeso que si bien podían ser similares, el de Aldo se enroscaba en suaves ondas en las puntas y el de Luca era liso.

Las similitudes eran mínimas y Aby lo sabía ya que no estaban emparentados pero también sabía que cada cual veía lo que quería ver y en la mirada de su hijo se veía el reconocimiento, uno que sin duda también estaba reflejado en los ojos de Aldo.

Volvió a maldecir.

Joder... Se libraba de uno para que quince años después apareciera otro a luchar por la custodia de uno hijo que ni siquiera era de él.

—He tenido suficiente de tanta estupidez —soltó irritada—. No eres su padre —señaló a Aldo con un dedo, largo fino, tal vez demasiado delgado—. Y metetelo en la cabeza y tú —miró a Luca que tardó un poco más en girarse a mirarla, aún conmocionado—. No es tu padre. Créeme que tendría que estar muy mal de la cabeza para haber tenido un hijo con este tío.

—Pero... —insistió Luca dejándose arrastrar por ella cuando lo empujó de los hombros tirando de él hacia el interior de la casa.

—Ni pero ni nada.

—Pero él ha dicho...

—Y yo también digo que si me hubiera quedado embarazada de él lo hubiera abortado, ¿contento ahora?

Prácticamente lo arrastró dentro del vestíbulo, tirando del asa de la mochila y cuando los dos se encontraron dentro, Aby le lanzó una nueva mirada a Aldo que también la miraba a ella con una diversidad de emociones en las que pudo leer claramente el dolor y el reproche y, sin pensarlo dos veces, cerró la puerta de un portazo en cuanto vio como Aldo daba un paso en su dirección.

Capítulo 3

—He oído que ayer a la noche tuviste visita —la saludó Margaret desde primera hora de la mañana.

Aby agradecía que su amiga no hubiera aparecido a la hora del desayuno. No ese día. Luca había estado especialmente irritable. Su explicación no había sido suficiente para que un adolescente aceptara que la tan deseada figura paterna, no fuera el hombre que había irrumpido en su vida, una vida tranquila y pacifica durante los últimos ocho años, a las seis horas de llegar a Menhill y los rumores sobre ella y su hijo se esparcieran y alcanzaran deliberadamente sus oídos.

También había tenido mucho la culpa que esos ocho años Luca hubiera escuchado conversaciones y rumores sobre un misterioso Aldo Jeksey, quien todo el pueblo en menos de un mes de su llegada hubiera jurado y rejurado, incluso haciendo cuentas y cálculos según la fecha de nacimiento de Luca, quien había nacido sietemesino, que era hijo de Aldo.

Y por fin había aparecido ese Aldo Jeksey. Que ahora le dijeran que después de todo no era su padre había hecho que Luca no le dirigiera la palabra en toda la mañana… y mucho menos que preparara tortitas. Al menos la había despertado como cada día, aunque Aby no tenía serias dudas de que si no hubiera necesitado que ella lo acercara en coche al instituto, no la hubiera abandonado.

Suspiró melodramáticamente.

—No quiero hablar del tema.

Dejó la chaqueta en el respaldo de su silla y se dejó caer pesadamente sobre ella teniendo especial cuidado de que el termo que llevaba en la mano no terminara cayendo al suelo y lo dejó sobre la mesa, al lado del ordenador.

—Sabes que una cosa es lo que tú quieras y otra cosa lo que va a suceder, ¿verdad?

—Son las ocho menos dos minutos —les recordó Oliver sentándose también en su asiento.

Aunque ya tendría más de cincuenta años, Oliver era uno de los pocos lugareños que no trataba de meter las narices en la vida de

los demás. Ni en la de ella ni en la de ninguna otra persona según Aby había podido ver, por supuesto, aunque tampoco tenía la necesidad. Aquel era uno de tantos empleos que ayudaban al cotilleo local. Ya desde primera hora, las cafeterías y los bancos eran los primeros lugares en los que se iniciaban y empezaban a cocinarse los cotilleos del día.

—Suerte —la animó Margaret sentándose a poca distancia de ella.

Aby hizo una mueca como respuesta y e irguió la espalda en actitud defensiva nada más se abrieron las puertas y una horda de personas entró al banco, una mayor de la habitual y sin necesidad de ser demasiado inteligente, imaginaba que a la mitad de esas personas no le interesaba hacer ningún tramite en esas oficinas.

—En serio, suerte —repitió Margaret girando un poco la cabeza hacia ella para que su voz llegara a sus oídos.

Aby volvió a hacer otra mueca antes de sonreír a Karen Treson, la esposa del reverendo, una mujer de pocos más años que ella, quien rondaría los treinta y cinco aunque Aby no podría asegurarlo ya que no tenía cuenta en ese banco. La señora Laurent, Olga Laurent, su cuñada sí que la tenía. De cabello castaño y rizado y ojos almendra, sonrió mostrando una perfecta dentadura blanca después de darle un codazo a Martín… ¿Cómo se apellidaba? ¿Merrison? ¿Merson? Como fuera, el hombre miró a la mujer como si fuera el mismísimo satanás y si bien Olga no tenía el aspecto de la versión católica del demonio, sí que era el demonio de los cotilleos, se acercó primero a su ventanilla.

—Abigail. Hoy estás radiante. ¿Alguna buena noticia para contar?

—Que cada día me encanta más mi trabajo.

La mujer la miró con esa expresión indescifrable mientras que la esposa del reverendo lo hacía como si estuviera intentando averiguar sus pecados y enviarla directamente a la hoguera por herejía. De alguna manera esas dos mujeres siempre habían sido las más aterradoras del pueblo.

Y no lo decía ella, era un hecho contrastado por toda la red de cotilleos local.

—Seguro que sí, querida.

—¿Y puedo ayudarlas en algo?

—Claro que sí, ¿para qué vendría una persona al banco?

Si ella hablase…

—Por supuesto.

Olga volvió a sonreír mostrando la misma sonrisa y Aby la imitó, haciéndole la competencia con su incisivo lateral ligeramente torcido.

—Hay rumores de que ayer tuviste una visita por la noche.

Posiblemente los rumores los había iniciado ella.

—¿Una visita? No lo recuerdo. ¿Y bien? ¿En qué puedo ayudarla

entonces?

—Quiero sacar dinero.

—Muy bien… ¿Puede darme la libreta o el documento de identidad?

Ni siquiera iba a molestarse en recordar que el cajero era un buen sistema para esas pequeñas operaciones si ya tantas veces lo había usado como Olga y el cajero se encontraba operativo para intentar no colapsar la oficina y dejar la atención directa a otro tipo de operaciones. Aby sabía que ni Olga ni Karen estaban allí para sacar dinero ni para ningún otro motivo que no fuera hablar con ella y como siempre terminar con la primicia de las noticias de aquel dichoso lugar, unas noticias que solo iban a servir para calentar los grupos de la iglesia, las comidas y meriendas en las cafeterías y tabernas, el tema de conversación de cada hogar y el chismorreo a la hora de saludar a la vecina en la pescadería.

Olga le pasó el documento y Aby empezó a moverse con celeridad. Cuanto antes terminase y pudiese despachar a esas mujeres antes pasaría a la siguiente y con un poco de suerte se ahorraba tener que cometer un asesinato esa mañana.

—He oído que Aldo Jeksey fue quien te visitó a la noche. Estuvo en tu casa y hablasteis durante mucho rato.

—¿En serio?

Aby no levantó la mirada de la pantalla del ordenador.

—Eso dicen sí.

Por supuesto que eso decían… Si solo les faltaba inventarse toda la historia… Bien podían decir que los habían visto follar como conejos a la luz de la luna en medio de la carretera.

—Pues estáis mejor informadas que yo —aseguró sin variar la voz y le devolvió el documento a la mujer que entrecerró los ojos—. ¿Cuánto dinero quiere retirar de su cuenta?

—Treinta dólares.

Aby congeló los dedos sobre el teclado y el ratón un momento antes de continuar con el tramite. ¡treinta dólares! ¡Treinta! Había que tener narices. ¡Al menos que sacara cien para no resultar tan evidente!

—Treinta dólares —repitió con la voz tensa.

—¿Y qué tal fue el encuentro de Luca con su padre?

Por un momento Aby creyó que terminaría golpeando la pantalla del ordenador con el puño pero un silbido de Margaret la devolvió a la realidad y volvió a sonreír a Olga.

—Treinta dólares —dijo, ignorando la pregunta de la mujer y pasando el dinero por la abertura mientras contaba los billetes por protocolo para demostrar que era la cantidad correcta—. ¿Va a querer algo más?

Y posiblemente hasta Olga se veía con la cara aplastada en la pantalla del ordenador... O el cristal de la pantalla de protección en su defecto como volviera a abrir la boca sobre Luca o ese maldito

supuesto padre porque se limitó a sonreír, una sonrisa un poco más tensa que la anterior.

—Deberías alegrarte que al fin tu hijo tenga un padre.

No fue Olga quien habló y de hecho, de alguna manera, le sorprendió que fuera Karen quien hablara finalmente. Aby giró lentamente el cuello para mirar los pequeños y saltones ojos de la mujer del reverendo. Por la manera tan acusadora con la que la miraba no dudaba que empezaría a recitarle la biblia o al menos tirarle una botella de agua bendita encima.

—Mi hijo tiene todo lo que necesita, señora.

No pretendía sonar diferente a lo que había sonado. Aby estaba segura que su hijo era feliz, que nunca le había faltado nada y que jamás se había sentido intimidado o acosado por la persecución de su padre biológico, un padre cuya obsesión por él residía en tenerlo todo bajo control, en hacer daño aún con su hermana muerta.

Aby sabía que si hubiera creído que Jack Letto iba a convertirse en un buen padre, que al menos lo iba a intentar, que iría a un centro de desintoxicación y dejaría de golpear a mujeres solo por el placer de sentirse superior, jamás le hubiera privado que Luca creciera con él, pero había escuchado cosas, había leído rumores, noticias de sus actividades y asuntos, aquellos que sus familias no conseguían tapar a tiempo y que aparecían en las portadas de las revistas o en los programas de televisión, unas noticias que le hacían creer que llevarse a Luca había sido la mejor decisión que había tomado en su momento, incluso aunque no hubiera sido la más legal.

Fuera como fuera, e, incluso, sin un padre, Luca había crecido sano,

tanto física como psicológicamente y ella se había encargado de proporcionarle todo lo que necesitaba. Incluso esa seguridad que Alina no había tenido junto a su padre biológico, igual que no lo habían tenido otras varias mujeres que habían salido en las noticias.

—Una madre y un padre son dos cosas diferentes —insistió Karen con voz profunda, sin dejar de mirarla, prácticamente trasladándola con los ojos y Aby sintió que empezaba a perforarle un agujero en medio de la frente.

Se obligó a sonreír.

—Seguro que sí —aceptó de manera diplomática—. Ahora si no tienen nada más...

—Y es su derecho conocer a su padre.

Aby respiró con fuerza. Su paciencia había rebasado peligrosamente el vaso y comenzaba a desbordarse.

—Señora... —empezó con un siseo, ignorando los silbidos de advertencia de Margaret—. No se meta...

—¿Le has preguntado qué opina Luca de todo eso?

—¿Cómo?

Karen sonrió ligeramente, esa sonrisa de suficiencia de quien lo sabe todo y cree que las cosas deberían hacerse siempre como ella dice simplemente porque tiene la razón.

—Estás siendo egoísta.

Aby se puso bruscamente en pie, echando la silla hacia atrás y percibió como el ambiente en la oficina se enrarecía.

—Aby... —escuchó a Margaret con ese tono de espanto y advertencia.

—Puede que te duela oírlo pero no importan los problemas que tengan los padres, incluso aunque el padre haya estado ausente porque abandonase a su madre... Eso no tiene nada que ver con su hijo.

—¿No fue él quien abandonó también a su hijo? —soltó finalmente Margaret levantando la voz para hacerse oír a través de los cristales pero sin levantarse de su puesto.

—No sabía que ella estaba embarazada. Sin duda ha mostrado sorpresa cuando se ha enterado.

Margaret bufó.

—Tampoco le interesó demasiado eso cuando se fugó con Mary Josefine.

—Los problemas de los padres...

—Deja de meterte donde no te llaman —la interrumpió Aby lanzando una furiosa mirada a Karen quien le devolvió otra apacible con esa insufrible media sonrisa—. Mi vida, mi familia y mis asuntos son mi

problema, no los tuyos y estoy trabajando. Si no estás interesada en abrirte una cuenta con nosotros, por favor, vete y deja que nuestros clientes puedan realizar sus operaciones

—Sí, por favor —murmuró Martín—. Los demás entramos a trabajar en poco tiempo.

Olga giró el cuello con la misma velocidad y casi el mismo ángulo que la niña del exorcista.

—¿Estás insinuando que nosotras no tenemos nada que hacer?

Martín arrugó el ceño, fastidiado.

—Solo digo que si ya habéis terminado que por favor dejéis que los demás podamos hacer nuestros trámites para poder irnos. Estoy segurísimo que todos tenemos cosas mejores que hacer que estar de pie aquí.

Olga le enseñó los dientes y él la imitó.

—Ya nos estábamos yendo —aseguró la mujer tras lanzarle otra mirada lánguida al hombre y girarse hacia su cuñada—. Karen.

—Vámonos —aceptó la esposa del reverendo.

Olga agarró el brazo de Karen y las dos se giraron y caminaron hasta la salida del banco con la espalda recta y expresión solemne.

Solo cuando la puerta volvió a cerrarse, Aby se dejó caer sobre el

asiento de nuevo y suspiró para tranquilizarse, mirando a Martín que se acercaba en ese momento a la ventanilla sacudiendo la cabeza.

—Lo que hay que ver... —lo escuchó mascullar.

Aby lo miró agradecida, aún sabiendo que posiblemente no había intervenido por ella.

—¿En qué puedo ayudarte?

Capítulo 4

—¿Piensas seguir bebiendo?

Margaret intentó agarrar su jarra de cerveza pero Aby fue mucho más rápida, apartándola de la trayectoria de la mano de su amiga y le sacó la lengua cuando Margaret le lanzó una agria mirada.

—Esta noche pienso emborracharme.

—No creo que alguien que debe cuidar a un niño sea lo más responsable que deba decir.

Aby puso mala cara.

—Ya no es un niño.

—¿Prefieres que diga que es un adolescente?

—Lo que quiero que digas es que me vas a dejar en paz.

—Piensa en Luca, Aby, no dejes que los rumores y los comentarios te molesten.

Joder…

—Ni siquiera sabes de lo que hablas.

Aby se llevó la jarra a los labios y se bebió la mitad de la cerveza antes de volver a dejar la jarra sobre la superficie de madera desgastada por los bordes de la mesa donde se habían sentado al fondo de la taberna de Mat.

No es que hubieran ido a esa taberna especialmente; era más bien la única taberna decente para la gente soltera donde podían tontear y emborracharse sin que hubiera menores delante.

Y tampoco el reverendo y su maldita esposa, por supuesto.

—Aby…

—No quiero seguir hablando.

Sí, solo quería emborracharse y no pensar en nada.

Volvió a levantar la jarra, impidiendo que Margaret se la quitara de

las manos en un nuevo e inútil intento y prácticamente se la terminó antes de volver a dejarla con una mueca de disgusto en los labios.

—Aby, en serio, Luca te espera en casa.

—Es viernes, joder, las dos sabemos que se quedará con sus amigos y puede que me llame porque quiere quedarse en casa de Brandon o George a pasar la noche. Que me vaya a casa no va a ayudar a nadie.

Y tampoco a ella.

No estaba disgustada porque Aldo hubiera vuelto al pueblo. Bueno, sí que le molestaba un poco. Para ser honesta, admitía que era un cabrón bastardo que en aquel entonces había jugado con sus sentimientos, la había camelado como a una estúpida para por fin poder acostarse con ella y después largarse con Mary Josefine, la guarra que había estado toda su juventud amargándole la vida. Ni siquiera quería pensar en que todas esas promesas de amor y esas palabras cariñosas que Aldo había dicho cuando se encontraban a solas hubieran sido un juego entre los dos para que la estrecha y malhumorada de Abigail perdiera la virginidad como una idiota con alguien como él.

Aunque a esas alturas de la vida le importaba poco esas tonterías de la virginidad o el imbécil con quien la había perdido. Tampoco era como si sus ocasionales conquistas hubieran sido mucho mejor.

Suspiró melodramáticamente y terminó su cerveza antes de hacerle unas señas a Matt para que le sirviera otra.

—¿Estás segura? —se interesó Matt, un hombre de casi cincuenta años, piel curtida que siempre vestía con camisas a cuadros y pantalones vaqueros. Era pese a todo, un hombre familiar y casero. Los ojos del hombre se volvieron hacia Margaret y que hizo una mueca.

—Segurísima —dijo arrancando la jarra de los dedos del hombre y se la llevó a los labios.

—No te preocupes, si eso os acerco a su casa cuando cierre —se ofreció Matt todo caballerosidad dando unos golpecitos en el hombro a Margaret que se mordió el labio mientras veía como se tragaba de golpe la mitad de la cerveza que había en la jarra.

—Venga, Aby, aunque Aldo haya vuelto y sepa lo de Luca no significa que algo vaya a cambiar.

Aby golpeó la mesa con la jarra y bufó.

—Como si eso me preocupara.

—¿Quieres hablar de la visita de la otra noche?

—No.

—¿Te dijo si quería ahora la custodia de Luca?

Aby volvió a bufar.

—Que lo intente.

—Te entiendo —aseguró Margaret poniendo una mano sobre su brazo y Aby siguió el movimiento antes de volver a mirar a su amiga a la cara.

—¿En serio?

—Sí, pero esa actitud no es la mejor. No te ayudará.

Bueno, las cosas iban de maravilla después de todo. Ya no tenía que preocuparse por Jack Letto, el verdadero padre de Luca, quien podía exigirle sus derechos como el padre de Luca y de paso meterla en algún que otro problema legal, sino que ahora le tocaba lidiar con un padre que no era su padre, que aparecía de la nada a tocarle las narices y a recordar un pasado que había tratado de olvidar y enterrar en lo más profundo de sus pensamientos.

Volvió a levantar la jarra para beber pero esta vez Margaret tuvo mejores reflejos y le quitó la cerveza. De alguna manera o ella se estaba volviendo más lenta o su amiga tenía mejores reflejos. No dudaba que la cada vez mayor cantidad de alcohol en su torrente sanguíneo no ayudara con eso.

—Dámela.

—No.

—Te lo estoy pidiendo amablemente.

—Y mañana me lo agradecerás.

—Pero tú no me agradecerás el golpe que te voy a dar.

—Tú te arrepentirás de eso mañana.

Aby volvió a bufar.

—Seguro que sí, pero hoy me sentiré renovada.

Intentó ponerse de pie para arrancarle la jarra pero sus reflejos no ayudaron y tropezó con sus propios pies, cayendo sobre alguien que no dudó en ayudarla a incorporarse.

—Cuidado, nena, o voy a pensar que te estás abalanzando sobre mí.

Aby hizo una mueca de disgusto hacia el hombre. Joven; tal vez algún año mayor que ella, con el pelo rubio cobrizo y los ojos color canela. Era guapo, demasiado, tal vez, incluso admitía que tenía buen cuerpo pero en esos momentos no estaba de humor para empezar a ligar con nadie y mucho menos para el polvo de una noche.

Hacía años que se había cansado de ser el polvo de una noche.

—Lo siento, está borracha —se disculpó Margaret por ella apresurándose a acercarse y agarrarla, apartándola del desconocido.

El hombre le mostró los perfectos dientes en una sonrisa.

—¿Y tú, guapa?

—No eres de por aquí, ¿verdad? —su amiga esquivó la pregunta admirablemente.

El desconocido amplió la sonrisa habiendo notado la forma en la que Margaret lo rechazaba pero no pareció afectado, al menos no se lo pareció para los vidriosos ojos de Aby, aunque posiblemente tampoco hubiera notado la diferencia si esas emociones provenían de un caballo.

—No, estoy de paso. Me quedaré unos días a descansar y luego seguiré mi camino.

—¿De dónde eres?

—Ohio.

Y no pareció querer dar más detalles al respecto. Aby sintió un estremecimiento pero agradeció en parte estar medio borracha. Tal vez si no lo hubiera estado hubiera encontrado eso algo sospechoso, posiblemente hubiera comenzado con uno de sus ataques de paranoia donde se transformaba en una chiflada y empezaba con cientos de teorías conspirativas.

Pero estaba medio borracha y aquel hombre no era Jack Letto. De hecho era mucho más alto… y joder, mucho más guapo.

Y sin duda parecía estar increíblemente sobrio. Incluso más que ella en esos momentos.

Y tenía suficiente con lidiar con los chiflados de aquel pueblo como para preocuparse de una figura paterna —Real, por supuesto—, que

llevaba años sin ver y que parecía que realmente se había olvidado de ella.

—Estoy segura que este pueblo será perfecto para descansar.

—¿En serio?

Aby volvió a engancharse al hilo de la conversación, apartándose de su amiga y volviendo a dejarse caer en el banco que servía de asiento.

—Sí, aquí nunca ocurre nada interesante.

—Entonces es un lugar tranquilo.

—Y aburrido —aceptó su amiga.

El hombre sonrió, una sonrisa que pretendía ser sugerente pero que parecía más misteriosa que de verdadero interés hacia su amiga.

—Iré a pedirme algo para que se me haga la estancia más llevadera entonces —bromeó él y Aby vio como su amiga sonreía, un poco menos tensa que hacía un momento y como le seguía observando el culo cuando el hombre caminó hacia la barra donde se encontraba Matt hablando con unos clientes, vecinos del pueblo que estaban discutiendo amistosamente sobre su última partida de billar.

—Si quieres ir, ve —dijo Aby deslizando el brazo para volver a agarrar la jarra, olvidada ya en la mano de su amiga.

—¿De qué hablas?

Margaret volvió a mirarla, de pronto ligeramente abochornada y dándose cuenta del movimiento de su mano, levantó la jarra para impedirle alcanzarla.

—Venga ya.

—Eso es —dijo Margaret entrecerrando los ojos—. Hoy me toca cuidar de mi amiga borracha que no sabe encajar que haya aparecido el padre de su hijo.

—Joder…

Aby se enderezó, apoyando la espalda en la pared y miró a su amiga un poco más espabilada que hacía un segundo.

Aquella maldita gente no le dejaba tener ni un decente subidón de alcohol.

—Y hoy no te voy a dejar en paz hasta que no hablemos del tema.

—Si lo llego a saber me quedo en casa a emborracharme.

—Nunca tienes alcohol en casa.

Aby le enseñó los dientes en una mueca que no pretendía que pareciera una sonrisa.

—Puedo comprar antes de volver a casa.

—Puedo seguirte a casa.

—Y cerrarte las puertas en las narices.

—Y yo llamar al timbre y aporrearte la puerta hasta que me abras.

Las dos se miraron con una falsa sonrisa en los labios.

—Sabes que puedo llamar a la policía si haces eso, ¿verdad?

—¿Quién quiere llamarme ahora?

En ese momento la puerta volvía a abrirse y Aby levantó la mirada para ver entrar al sheriff Jones, con el pelo cubierto de hebras blancas y unos ojos azules y pequeños rodeados de arrugas. Tenía una expresión amable y una barriga de alguien que se nota que no ha tenido que correr mucho detrás de delincuentes. Tal y como había dicho Margaret, aquel era un pueblo muy tranquilo.

En todos los sentidos.

Pero Aby no llegó a sonreír ante el comentario jovial de Robert Jones. Detrás de él apareció la alta e inconfundible figura de Aldo que también miró en su dirección.

Aby puso inmediatamente los ojos en blanco y agarró la cazadora que había dejado a su lado en el asiento y se puso bruscamente en pie, arrepintiéndose un segundo después cuando notó como todo le

daba vueltas pero consiguió mantenerse erguida. Al menos hubiera jurado que no se estaba tambaleando cuando empezó a rodear la mesa para salir de allí.

—¿Qué haces? —murmuró Margaret abriendo mucho los ojos.

—¿A ti qué te parece?

—Aby…

Su amiga la miró suplicante.

—Me voy a casa —dijo caminando hacia la puerta de salida—. Encárgate tú de la cuenta. Ya te lo pagaré mañana.

Su amiga también se puso de pie.

—¡Aby!

—Necesito aire fresco —gruñó ella acercándose al lugar donde se encontraba Aldo, al lado de la puerta—. De pronto el ambiente dentro está muy cargado.

Intentó empujar la puerta pero antes de que sus dedos tocaran la madera, una mano se cerró con fuerza alrededor de su muñeca y sintió un escalofrío nada agradable difícil de ignorar. Impresionada se giró y miró directamente a los ojos de Aldo que la miraban muy serio.

—Hablemos, Aby.

Aby tardó unos segundos en recuperar la compostura y trató de echarle la culpa de su reacción al maldito alcohol, prometiéndose que no volvería a beber.

—Tú y yo no tenemos nada de que hablar —aseguró.

—No soy tu enemigo, Aby. Solo te pido hablar. Como adultos.

Aby bufó y lanzó una mirada a los dedos que seguían aferrándose en su muñeca.

—Suéltame.

—Aby…

—¡Ahora, Aldo! ¡Suéltame!

—Primero hablemos —insistió él.

Aby tiró de su brazo con fuerza y volvió a lamentar haber bebido. Podía notar sus sentidos bastante embotados y en ese momento quería estar despierta y lucida.

—¡He dicho…!

No llegó a terminar la frase. Vio sorprendida como otra mano se apretaba en el brazo de Aldo y al igual que él, Aby levantó la mirada hacia el forastero que había conocido hacía solo unos instantes y que había huido hacia la barra.

—¿Qué…?

El hombre ladeó la cabeza con una sonrisa retorcida.

—Suéltala.

Capítulo 5

—¿Pero qué cojones…? —empezó Aldo, incrédulo.

—Ha dicho que la sueltes.

—Mira tío, no tengo ningún problema contigo así que piérdete.

—Tal vez el que tienes que perderte eres tú.

—¿Cómo?

Aldo miró al tío y Aby no dudó que los dedos del desconocido se apretaron con más fuerza en el brazo de Aldo porque en su expresión se dibujó una mueca de dolor y finalmente la soltó.

Aby trastabilló hacia atrás y estuvo a punto de chocar contra la puerta pero consiguió encajar los pies en el suelo y trató de mostrarse más sobria de lo que realmente estaba.

—Muy bien, no sé qué está pasando aquí pero creo que los ánimos están lo suficiente caldeados —intervino el sheriff acercándose a ellos y puso una mano sobre los hombros de los dos hombres que se miraban fijamente a los ojos. Los ojos de Aldo llameaban, furiosos pero los del desconocido parecían una fría calma—. Quiero que los dos os soltéis y deis un paso hacia atrás o me parece que esta noche alguien va a dormir en comisaria.

Ninguno de los dos fue el primero en moverse pero finalmente el desconocido soltó a Aldo, quien recuperó su brazo y se llevó la otra mano para frotarse la zona dolorida fulminando al otro hombre con la mirada.

—Lo siento —se disculpó sin ninguna emoción.

—Que te jodan —gruñó Aldo.

—Muy bien, un paso hacia atrás —insistió el sheriff Jones.

—Yo no he empezado esto —protestó Aldo.

—Creo que no nos conocemos, muchacho —el sheriff Jones se giró hacia el forastero y le echó un vistazo con ojo crítico, repasando su espeso cabello rubio cobrizo, su expresión desenfada, ahora sonriendo con desinterés y de manera relajada—. ¿Puedo preguntar qué te trae por Menhill?

—Solo descansando unos días.

—Un destino bastante atípico para descansar.

—Eso he oído mucho desde que he llegado.

El sheriff le hizo otro repaso. Analizando su cazadora de cuero negro o sus pantalones también negros. El desconocido llevaba el cabello ligeramente despeinado, posiblemente por el aire del exterior y no solo le daba un aspecto amenazante, sino que el brillo de sus ojos relucía, exudando peligro en cada uno de sus movimientos pese a su actitud desenfadada y su relajada sonrisa.

—¿Cómo has dicho que te llamas, hijo?

El comentario pareció hacerle gracia. Ladeó la cabeza y por un momento Aby creyó que no iba a responder pero finalmente se encogió de hombros.

—Jeyson, Jeyson Davis.

—Muy bien, Jeyson —dijo el sheriff Jones con familiaridad—, estoy seguro que no tendremos ningún problema y el tiempo que vayas a quedarte en este tranquilo pueblo, todos podamos disfrutar de una comunidad en armonía.

—Por supuesto —aseguró él con cierta mofa.

—Entonces bienvenido a Menhill. Vamos, Aldo, te invito a una cerveza.

La mano del sheriff se detuvo en los hombros de Aldo pero este la miraba a ella. Aby decidió ignorarlo. De hecho los ignoró a todos. Se dio la vuelta con la cerveza ya revuelta en el estómago y está vez consiguiendo empujar la puerta, salió a la calle, sintiendo el aire frío

golpeando su rostro. Lo agradeció. El frescor del exterior pareció limpiar la presión de su cuerpo, el sudor de su rostro y aligeraba el alcohol de su sangre.

Dio un paso hacia delante, buscando el suficiente equilibrio para caminar derecha y recta, orgullosa del resultado y agradeciendo las zapatillas deportivas que había decidido llevar para la ocasión. Sin duda mucho más practicas cuando una llevaba un par de copas de más y no unos aterradores zapatos de tacón.

Aby no había escuchado que nadie saliera de la taberna de Matt aunque tampoco había prestado demasiado atención pero cuando una mano se estrelló en su culo haciéndola avanzar un paso por la impresión, solo tardó el segundo —o puede que el par de segundos —, que tardó en que su cerebro se aclarara lo suficiente para no terminar de rodillas sobre las baldosas desiguales de la plaza, para girarse con el bolso apretado en la mano dispuesta a golpear a quien la hubiera tocado el culo con el peligroso relieve de hierro que llevaba incrustado de adorno en el medio y el par de kilos mínimo que había dentro del mismo.

—¡Soy yo! —gritó Margaret echándose bruscamente hacia atrás asustada, llevándose la mano a la cabeza cuando ya se vio marcada por la grotesca decoración en relieve de su bolso.

Sin duda no era un bolso bonito pero Aby no había dudado de que pudiera convertirse en un arma si alguien trataba de asaltarla. Claro que en aquel lugar no había ningún tipo de asaltos a menos que alguien decidiera golpear al vecino por llevar su vida y chismorrear sobre esa vida con el resto del pueblo.

—Joder, Magy, casi te dejo una bonita marca en la cara.

—Me gusta mi cara como está —dijo su amiga con acritud.

—Entonces deja de ir tocándole el culo a la gente.

—No seas dramática. Tienes a dos hombres peleándose por ti allí dentro y tú tan tranquila.

—No recuerdo que nadie se peleara por mí —Y ni siquiera estaba tan borracha como para decir que no se acordaba lo que acababa de pasar hacía dos minutos dentro del local.

Su amiga hizo una mueca.

—¿Y entonces qué he estado yo viendo allí dentro?

—A un tío imbécil y a otro que no conozco.

—Sí, uno que es el padre de tu hijo y el otro que ha intervenido como todo un caballero.

Esta vez la mueca de asco la hizo ella.

—Aldo no es el padre de Luca. Te lo he dicho cuatrocientas veces. No me hagas repetírtelo una vez más y mucho menos necesito un caballero de brillante armadura para que venga a rescatarme. Me sirvo bien yo sola para espantar a tíos como Aldo.

—Con un gracias me sirve —rió alguien a sus espaldas.

Aby se giró lentamente. No solo no le apetecía lidiar con nada engorroso en ese momento, mientras su cerebro procesaba las situaciones a cámara lenta y sus respuestas y reacciones eran igual de lentas, sino que no estaba de humor para nada.

—Una ya no puede ni emborracharse tranquilamente —masculló molesta, mirando a Jeyson, su caballero de brillante armadura que no recordaba haberle pedido ayuda ni necesitarla.

—Al parecer me toca disculparme también por eso.

—No te disculpes por nada —soltó Aby irritada—. Solo déjame en paz.

—Te lo agradecemos —se apresuró a hablar Margaret—. Las dos. Ella también —y le lanzó una lánguida mirada que Aby respondió poniendo los ojos en blanco. Ya no solo emborracharse, es que ni siquiera la dejaban largarse tranquila a casa—. No hagas mucho caso a Aby. Se pone de mal humor cuando bebe.

—No es verdad.

—También cuando tiene hambre.

—No tengo hambre.

—Cuando tiene calor, cuando tiene frío, cuando…

—¿Por qué mejor no te callas de una puta vez?

—Veo que es una persona que está de mal humor todo el día, todos los días —resumió Jeyson con una risita nada disimulada.

Aby lo miró con odio y volvió a darse la vuelta para seguir caminando hacia su casa.

—Que os den. A los dos. Yo paso de todo.

—Espera, Aby, que te acompaño a casa.

Aby hizo un torpe movimiento de mano, sin girarse, soltando una nueva maldición cuando su pie derecho tropezó con su pie izquierdo y estuvo a punto de caer ceremonialmente sobre el impecable suelo de Menhill.

Y no es que le importase hacer el ridículo frente a su amiga, quién le había visto en peores situaciones o frente al caballero de brillante armadura salva damiselas en apuros que no han pedido ayuda incluso si suenan desagradecidas, sino que iba a llevar bastante mal tener que ser quien pudiese esa ayuda si terminaba con una fractura en la cabeza —o menos dramáticamente en un brazo o una pierna —.

—Nada, nada. Ya llego yo sola —y esperaba que de una pieza—. Tú llevate a tu caballero a tomar algo y a disfrutar de la noche.

Y esperaba que con eso los dos tórtolos se dieran por aludidos y decidieran ir a casa de Margaret o a un hotel a follar como conejos en celo. Sí... Con un poco de suerte el pueblo se olvidaba de ella y los cotilleos de Margaret con un chico desconocido resultaran más interesantes que la paternidad de Aldo.

No escuchó ninguna réplica, ni siquiera de su amiga y con cierto malestar en el estómago dedujo que su plan había tenido éxito y por fin podría pasar el resto de la noche tranquila. Incluso aunque esa tranquilidad fuera tirada en una cuneta durmiendo como un bebé después de expulsar de su estómago los restos retenidos de por lo menos dos días.

Joder... No recordaba tener tan poca resistencia al alcohol.

—Aby.

Esta vez estuvo a punto de caerse pero por un motivo diferente. Aby giró el cuello junto al resto del cuerpo con esfuerzo para enfrentarse a Aldo con una mueca de disgusto que difícilmente podía siquiera de tratar de disfrazar de otra cosa.

Había que joderse...

Si no hubiera estado medio borracha hubiera considerado echar a correr hacia su casa pero podía imaginar el resultado si lo intentaba así que se limitó a cruzarse de brazos y mirar a Aldo como si este se hubiera convertido en una serpiente venenosa.

—Aldo, Aby ha bebido. No es el mejor momento para hablar.

—No para hablar conmigo pero sí para hablar con este.

Aldo paseó una despectiva mirada de ella hacia Jeyson y Aby alzó una ceja no muy segura de lo que debía sentir en ese momento. ¿Era su imaginación o la estaba acusando de algo? ¡A ella! ¡Él! Joder, no debía haber bebido aquella noche... Y lo peor de todo era que

había escogido la peor noche en años para decidir hacerlo. ¡Con lo bien que habría estado en su casita, arropada con una manta en el salón viendo una película de terror! Una lacrimógena. Poco importaba. Lo importante era no tener que verse lidiando con aquella mierda cuando encima no estaba en plenas facultades.

—Mira, oye, Aldo, no sé de qué va esto pero empieza a dolerme la cabeza o se me está revolviendo el estómago. Las dos cosas si prefieres o la que más te guste —fingió que no veía la expresión huraña de Aldo, la horrorizada de su amiga y la divertida de Jeyson que, sin duda, sus vacaciones iban a terminar siendo más entretenidas de lo esperado—, pero no puedo decírtelo más claro, aunque sí más alto. Luca no es tu hijo así que déjame en paz de una puta vez.

Y bien podía seguir con su vida lejos de ella que había estado muy feliz sin él todos esos malditos años.

Nadie se dio prisa en responder y casi lo agradeció, suponiendo que tal vez aún podría arrastrar su cuerpo hasta casa de una pieza y tirarse si era necesario sobre el felpudo a dormir y fingir que aquella noche no existía, pero un solo bufido consiguió que odiará ese sonidito para el resto de su vida.

—Podrías ser honesta, ¿no te parece? Todo el pueblo lo sabe y estoy intentando ponértelo fácil. ¿Prefieres que tire por lo legal?

Hijo de puta...

—Adelante. Hazlo.

Esta ve se dio la vuelta y empezó a caminar incluso más recta y derecha que antes. Sin duda toda esa mierda ayudaba muchísimo a que el alcohol desapareciera más rápido del sistema.

—¿Y entonces quién es el padre, Aby? —gruñó Aldo furioso.

Aby no sé dio la vuelta para mirarlo.

—Mi hijo es el resultado del polvo de una noche de borrachera, capullo.

Levantó el brazo y obsequió el dedo corazón sin girarse, deseando llegar a casa cuanto antes.

Capítulo 6

—¿Es verdad que has dado calabazas a Aldo Jeksey? —se interesó Dorothy Ferson nada más alcanzó la ventanilla tras esperar la fila.

Al menos ese lunes había sido bastante tranquilo durante toda la mañana aunque era verdad que Aby había notado que la gente del pueblo que entraba al banco la miraba más y hablaba menos. Al menos hablaban menos en voz alta porque los cuchicheos cada vez resultaban más afilados y más incómodos.

El domingo había decidido quedarse todo el día en casa y había pedido a Margaret que la dejara el día sola. Al menos sola con Luca quién al final había llegado el sábado a dormir a casa y había tenido

que encargarse de ayudarla a acostarse.

La mañana del domingo Luca se había levantado como un domingo habitual. Sin preguntas, sin reproches, preparando juntos la comida, hablando de muchas cosas y de nada, preparando palomitas con ají para tragarse juntos una película en el sofá... Sin duda la vida que le gustaba desde que había decidido convertirse en la madre de Luca, una vida que había decidido y que no había ni un solo arrepentimiento en ella.

Sin duda hubiera sido demasiado bonito permanecer invisible para las lenguas demasiado largas y afiladas del pueblo y las mentes excesivamente ociosas y aburridas en un lugar donde no ocurre nada.

—Señora Ferson —la saludó ella con un falso buen humor—. ¿Cómo se encuentra del lumbago?

La mujer puso expresión afligida y apoyó un codo en el espacio que separaba el cristal de la ventanilla.

—Ay, hija. Es un dolor terrible. Dios no quiera que tengas que pasar por ello. ¡No pude levantarme de la cama en todo el día!

—¿Y ya está mejor?

—Ahora sí pero ya sabes cómo es esto. Viene y va —puso los ojos en blanco—. ¡Y eso que no soy muy mayor!

Aby sonrió diplomáticamente.

—Seguro que es terrible. Descansa un poco estos días.

—Sí, sí, querida, pero cuéntame, ¿entonces estás decidida ha rechazar al padre de tu hijo?

Aby respiró hondo tratando de no borrar la sonrisa. Venga, solo era una mujer mayor que se aburría mucho. Podía con eso.

—Yo no...

—Haces bien —la interrumpió la mujer mirando a su alrededor y bajando el tono de voz como si pretendiera resultar confidencial—. Que lo hubiera pensado bien hace quince años antes de largarse con esa lagarta.

Aby alzó una ceja y vio como Dorothy le guiñaba un ojo.

—Lo que haga es asunto suyo siempre y cuando no venga a molestarme. Ni a mí ni a mí hijo.

—Di que sí, querida... Porque... Tú ya no sientes nada por él, ¿verdad?

Demasiado bonito para ser verdad. Aby ensanchó la sonrisa enseñando los dientes en una mueca que podía pasar por cualquier cosa menos por algo agradable.

—Dejé de sentir algo por él hace quince años.

Era ser muy mentirosa si decía que no sintió nada cuando se enteró

que Aldo se había ido con Mary Josefine. Se había sentido herida, destrozada pero sobre todo furiosa. Su rabia no sólo había sido hacia él, hacía la insufrible de Mary Josefine que le había amargado cada día de su vida en sus tiempos jóvenes, sino que se había odiado a sí misma por haber estado demasiado ciega como para no darse cuenta de todo aquello que los demás ya sabían y que ella no había querido ver.

Pero no, no había tenido tiempo de ahogarse con sus propias lágrimas o consumirse en el autodesprecio. Su familia se fue literalmente a la mierda y después de todo eso, perdió a su hermana, el único pilar que le quedaba a su existencia y de la noche a la mañana se convirtió en madre, en una que debía huir para que el capullo maltratador del padre de Luca con quién su hermana había estado saliendo en una relación tóxica a un grado peligroso, no diera con ellos y desgraciara la vida de un niño inocente y la de ella.

Había pensado muy poco en Aldo y las pocas veces que lo había hecho había sido en ese lugar y casi siempre porque alguien se lo había mencionado.

—Eso está bien, eso está bien.

La mujer asintió con la cabeza.

—¿Y en qué puedo ayudarte hoy, señora Ferson?

Los ojos de Aby revisaron la fila que empezaba a juntarse frente a su ventanilla y se mordió la lengua para no sugerir que si algún trámite se podía realizar en cajero eso podría agilizar la atención pero ya no era novata y sabía que la mayoría de aquella gente más

que por necesidad acudían como centro de cotilleos matutino así que abrir la boca para sugerir algo así era una pérdida de tiempo.

—Oh, resulta que no encuentro mi libreta. No sé dónde la he metido así que he venido a ver si me puedes hacer una nueva.

La sonrisa de la mujer resultó de lo más angelical, una de esas de abuelitas tierna y adorable pero Aby ya veía la cola de diablesa que se le asomaba por la parte baja de su espalda.

¡Perderla! Era posiblemente la décima vez que le hacía una libreta nueva porque misteriosamente se le habían perdido las nueve anteriores... A menos que las escondiera bajo tierra y no sé acordara el lugar exacto del patio donde las enterraba casi podía adivinar que solo era una excusa para ir a cotillear como exigía el reglamento de Menhill.

—Por supuesto —dijo con una sonrisa también adorable poniéndose manos a la obra en el ordenador. Ya ni necesitaba ninguna identificación para poder realizar los trámites. ¡Se sabía hasta su número de identificación!—. Enseguida te hago una nueva.

Hizo el trámite todo lo rápido que la velocidad del sistema de lo permitió ya que últimamente aquellos trastos de hacía al menos dos siglos funcionaban fatal y tras actualizar la libreta para que Dorothy no tuviera que molestarse en detenerse en el cajero para hacerlo, se la entregó con la misma sonrisa.

—Muchas gracias, bonita.

—Es un placer, como siempre, señora Ferson. ¿Y puedo ayudarte

con algo más?

La mujer cogió su libreta y pareció dudar unos instantes, ensombreciendo la expresión y volvió a mirar a su alrededor como si esperase encontrarse con alguien que no quería que la escuchara.

—¿Y lo has oído?

—¿Oír?

La señora Ferson la miró fijamente y por un momento Aby vaciló. Desde que conocía a esa mujer nunca la había visto dudar a la hora de soltar un chisme. Fuera verdad o mentira. Lo importante era ser la primera en dar la exclusiva.

—Dicen que Aldo Jeksey está hablando de ir a buscar un buen abogado y luchar por la tutela de Luca.

Aby sintió que se quedaba completamente helada. La piel fría pese al calor del interior de la oficina y por un momento estuvo segura de que el corazón dejó de latir.

Antes de pensarlo, golpeó la mesa con las dos manos y se puso bruscamente de pie, tirando la silla al suelo por el impacto del movimiento. La quietud reinó en todo el banco y por unos segundos que Aby no llegó a prestar atención, estuvo segura que vio el miedo en los ojos de su amiga, posiblemente sobresaltándose por el ruido de la silla al caer.

—¡Será hijo de puta!

Capítulo 7

—¿Dónde está ese animal?—rugió ubicándose de pronto para salir de la oficina e ir en busca de Aldo Jeksey y empezar a darle tortazos.

No... Lo iba a rebanar y hacer tortitas para dar de comer a los perros y aún así sentía una lástima increíble por los pobres e inocentes animalitos que sin duda sufrirían de indigestión.

Joder... Por lo menos iba a gritar, a berrear como Dios manda y a ver si el cretino entendía que Luca no era su hijo, que estaban a cuatrocientas generaciones de compartir árbol genealógico y que lo que tenían de parecido era que ambos disfrutaban de la anatomía masculina y él tal vez terminaba perdiendo una parte muy valiosa para los hombres como siguiera tocándole las narices.

—¡Aby! —gritó Margaret, levantándose también cuando ella abrió la puerta de la oficina y vio de reojo como Oliver se llevaba una mano a la cara y suspiraba dramáticamente antes de sonreír al cliente que atendía en ese momento y actuaba como si no pasara nada.

—¡Déjame! —chilló histérica, apartando a su amiga que la interceptó antes de que pudiera salir del banco.

—Estás en el trabajo —la recordó ella amablemente—. ¿Qué es lo que ha pasado?

—¿Pasar? —Aby necesitaba sacarle los ojos a alguien—. El muy retrasado mental de Aldo quiere quitarme la custodia de Luca.

—Oh.

Margaret parpadeó y para mayor ofuscación de Aby, su reacción le dio a entender que era algo que no le sorprendía.

—Joder.

Aby se dio la vuelta para terminar saliendo finalmente del banco pero Margaret volvió a agarrarla.

—Creo que deberías hablar con él y tratar de solucionarlo sin llegar a juicio —sugirió Josua Miller, el carnicero del pueblo. Tenía un rancho y al menos siete hijos con tres esposas diferentes.

Aby alzó una ceja.

—¡Él no es el padre de Luca! —gruñó— ¿Cuántas veces tengo que repetirlo?

—Al final siempre es peor —aseguró otra voz de mujer cerca del fondo que Aby no trató de ver.

—Sí —insistió Josua—. Yo con mis tres matrimonios, dos fui a juicio y al final casi me dejaron en la ruina. Y mejor no hablamos de ver a mis hijos.

—Josua —le interrumpió Dorothy—. No puedes comparar. No es la misma situación.

El hombre se giró para mirar a la menuda mujer que había puesto

las manos en la cadera, respiró profundamente y alzó la cabeza.

—¿Por qué no es la misma situación?

—Engañaste a tus tres mujeres…

—Un detalle sin importancia, además, ¿eso qué tiene que ver con los hijos?

—Tus hijos te odian, Josua. No es que tus esposas no los dejaran venir a verte. Cuando tuvieron edad suficiente para decidir, no quisieron seguir viéndote.

Hubo un revoloteo de voces generalizadas. Ya nadie intentaba ser atendido e, incluso Oliver estaba de pie escuchando lo que ocurría fuera de la oficina.

—¡Tonterías! Mis esposas y mis hijos me han chupado como sanguijuelas. ¡Y todos los jueces siempre han ido a su favor!

—Tú te lo buscaste, Josua —insistió Dorothy con las fosas nasales dilatadas de la rabia—. No estás en condición de hacerte la victima.

—¿Hacerme la victima? ¿Yo?

—¡Sí! ¡Tú!

—¡Pero si soy la victima!

—Esto es de locos —masculló Aby intentando moverse hacia la puerta de la salida.

—Aby —murmuró Margaret poniéndose a su lado, también fuera de la oficina. Los ojos de su amiga la observaban preocupados y la agarró del jersey con una mano.

—Solo voy a solucionar esto de una vez —aseguró ella apartando la mano de su amiga—. Tú quédate y sigue atendiendo.

—Pero…

Aby se movió hacia Dorothy que se tragó las últimas palabras que ya gritaba a Josua y la miró.

—¿Sabes dónde está el maldito de Aldo?

—Decían que iba a ir a hablar directamente con Luca.

—¿Ahora?

Joder. Ya tenía suficiente con toda la mierda que le estaban echando encima como para que encima fuera a meter ideas locas a Luca. ¡Iba a matarlo!

—Escuché eso —se disculpó la mujer.

—¡Mierda!

Aby corrió hacia la puerta de entrada, deteniéndose bruscamente cuando justo en ese momento la puerta se abría y Karen Treson se dejaba ver muy digna, deteniéndose y obstaculizando el acceso. Aby entrecerró los ojos, comprendiendo que la mujer había estado escuchando todo desde fuera y que estaba haciendo exactamente lo que creía: impidiéndole salir del banco.

—¿Qué estás haciendo? —se interesó en voz baja, en un siseo muy peligroso.

Comenzaba a hartarse de las manías de aquel lugar, de que todos creyeran que tenían el derecho de meter las narices en los asuntos ajenos como si fueran propios y la nula privacidad que había.

—He sido yo quien ha aconsejado a Aldo que vaya a hablar con un abogado —se sinceró la mujer alzando arrogantemente la cabeza y por un momento, Aby deseó golpearla con todas sus fuerzas.

—¿Cómo te atreves?

—Ya te lo dije —insistió la mujer sin un ápice de culpabilidad—. Independientemente de tus asuntos con Aldo, debes pensar en el bienestar de tu hijo.

Aby sintió como toda la rabia burbujeaba en su cabeza y apretó con fuerza los puños, pegando los brazos a su costado.

—Maldita chiflada de mierda —gruñó haciendo que Karen la mirara horrorizada y a su espalda se hiciera un silencio absoluto—. A mí más que a nadie le importa el bienestar de mi hijo —rugió—. Y no me hagas tener que repetírtelo. Mete tus narices en el agujero que

te de la gana pero a mí y a mi hijo déjanos en paz. Te lo aviso, Karen. Vuelve a joderme y será la última vez.

La apartó bruscamente, empujándola a un lado y la mujer trastabilló y por un momento pareció que iba a tropezar y caer pero recuperó el equilibrio, recobrándose y volviendo a alzar la cabeza altanera, pero antes de alejarse, Aby se giró y miró hacia el silencioso grupo de personas que se encontraban en el interior del banco.

—¡Y ya lo he dicho cientos de veces! —añadió irritada, deseando a ponerse a dar patadas en el suelo como un niño de cinco años en medio de una rabieta—. ¡Desde que volví lo he repetido una y otra vez y ya estoy cansada de hacerlo! ¡Luca no es hijo de Aldo! ¿Por qué demonios no dejáis de joder y mantenéis la boca cerrada? ¡No ayudáis, joder!

Capítulo 8

Aby llegó todo lo rápido que pudo al instituto de Luca, aparcando el coche frente a otros mal aparcados y corrió hacia los grupos de chicos y chicas que ya salían del centro. Sabía que Luca tenía entrenamiento después de clases e iba directamente a los vestuarios que se encontraban al lado del campo de futbol.

Saludó vagamente a aquellos que conocía. Algún profesor que se cruzó en su camino, algunos amigos de Luca, chicos y chicas que conocía en menor o mayor medida, vecinos del pueblo que se encontraban cerca de su casa y finalmente vio el pequeño edificio que servía de vestuario y al entrenador Davidson que ya gritaba

desde fuera a varios novatos.

—Señor Davidson —saludó.

—Señora Mirren, ¿puedo ayudarla en algo?

El entrenador dio una orden a los muchachos para que empezaran a correr y después de asegurarse que todos obedecían, el hombre se giró hacia ella.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a Luca?

—¿Luca? —el hombre arrugó el ceño—. Creo que vino un hombre, Aldo Jeksey si no me equivoco, y le pidió apartarse para hablar un momento con él.

Aby sintió que toda la bilis se le subía a la garganta.

Sí, sabía que no tenía que preocuparse. Aldo no era el padre de Luca y, aunque lo hubiera sido, y en realidad no lo conocía lo suficiente lejos de conocer a un chico adolescente y joven con quien había crecido, Aby sabía que al menos, Aldo no era un drogadicto, no era un borracho y no hacía del maltrato un deporte oficial, pero Luca estaba en la fase más complicada de todo muchacho y no dudaba que, aunque demasiado maduro, siempre conformándose con todo, no anhelaba la figura paterna que ella no podía ser. Iba a ser un problema si Luca veía en Aldo esa figura y tenía que demostrar que no era su padre con un análisis. Imaginaba que el golpe para Luca iba a ser grande si había estado escuchando durante tantos años en aquel maldito lugar que ese hombre era su padre.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlos?

El señor Davidson señaló hacia la parte de atrás de los vestuarios.

—Caminaron hacia allí y Luca no me ha dicho nada de que no fuera a estar en el entrenamiento de hoy así que supongo que estarán por ahí cerca.

—Muchas gracias.

El hombre asintió con la cabeza y Aby se apresuró a caminar hacia la dirección que le había indicado, descubriendo las dos figuras que no se encontraban muy lejos.

Aldo se encontraba inclinado hacia Luca y le agarraba de los hombros mientras le decía algo con mucha insistencia. Luca se mostraba receloso, con la cabeza girada hacia su derecha y parecía de alguna manera incómodo.

Aby se apresuró a acercarse, deteniéndose al lado de Aldo y prácticamente le arrancó las manos de los hombros de su hijo.

—No vuelvas a tocarlo.

Y ahí hasta ella notaba la histeria de su voz.

—Mamá...

Aby se interpuso entre su hijo y Aldo y se enfrentó a la expresión desafiante de Aldo.

—Es mi hijo —diji él muy serio—. Tengo derechos.

—No, no es tu hijo —aseguró ella intentando tranquilizarse—. Y de verdad siento que la gente se este maldito lugar te esté volviendo loco con el tema pero de verdad que Luca no es tu hijo. Nació con siete meses, además aún así se han forzado demasiado en conseguir que las fechas coincidan para tener un tema de conversación. Luca no es tu hijo.

—Tampoco me lo dirías si lo fuera —razonó él.

—No tendría ningún motivo para quitarle un padre a mi hijo si ese padre fueras tú.

Al menos lo que conocía de él. Podía ser un cabronazo que había jugado con ella pero eso no quitaba que pudiera ser un padre increíble.

—Mamá... —Luca se puso a su lado, agarrándole la mano y Aby giró el cuello para mirarlo, sorprendida.

—¿Qué ocurre, Luca?

—Deja que se haga las pruebas de paternidad.

Aby abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

—¿Qué ocurre? —soltó Aldo— ¿Ahora te preocupa?

Aby giró el cuello para mirarlo otra vez con una mueca.

—Por supuesto que no.

—Pediré cita. Conozco un buen laboratorio. Necesito un mechón de pelo o...

—Espera una momento —soltó Aby levantando una mano mientras pensaba rápidamente.

Si se detenía a pensarlo por muchas vueltas que le diera, no había ningún problema si Aldo se hacía las pruebas de paternidad, ¿no? Aunque hasta ahora posiblemente que todo el pueblo creyera que era hijo de Aldo y la idea se consolidara pese a sus negativas podía haberle ayudado a esconder a Luca de Jack si este había contratado a alguien para que la investigara pero ¿y si se demostraba que no era su padre? ¿No le traería problemas?

Aby se mordió el labio.

—¿Hay algún problema entonces? —Aby no contestó y Aldo caminó hacia ella agarrándola de la barbilla. Ella la apartó de un manotazo, mirándolo furiosa—. Los dos sabemos que Luca es mi hijo —aseguró entrecerrando los ojos—. No quiero hacer las cosas difíciles. Solo quiero tener derecho a estar con mi hijo, a conocer a mi hijo y que él me conozca a mí. Podemos volver a llevarnos bien. Como en los viejos tiempos, Aby.

Como en los viejos tiempos... Sí, cuando ella era joven y estúpida.

—Aldo, ni en tus mejores sueños.

Agarró a Luca del brazo y tiró de él.

—Mamá...

—Él no es tu padre.

Y si tenía que hacer la prueba de paternidad, la haría. Posiblemente Jack no la estaba buscando a esas alturas...

—Nos veremos en los tribunales entonces, Aby.

—¡Dónde quieras!

—Peto mamá...

—No hace falta todo esto —dijo una voz a sus espadas y Aby se giró bruscamente.

Jeyson Davis se encontraba apoyado en la pared de la parte de atrás de los vestuarios y los miraba con una sonrisilla que no alcanzaba sus ojos y los brazos cruzados. Solo vestía una camiseta pero podía verse los músculos de los brazos y unos pantalones vaqueros junto a unas deportivas cerraban el conjunto.

—¡Otra vez tú! —gruñó Aldo molesto.

—Ey —rió él como saludo.

Aby enarcó una ceja pero guardó silencio, mirando de refilón a Luca

que pasaba su mirada de Aldo al hombre que no había visto nunca. Sin duda, de los dos, Jeyson llamaba mucho más la atención y la seguridad con la que se movía separándose de la pared era hipnótica. Sin duda, el guaperas arrogante de Aldo Jeksey se debía sentir desplazado de su lugar de honor.

Aby sonrió divertida ante ese hecho.

—No pintas nada aquí. Es una conversación familiar.

—¿Familiar?

Jeyson se echó a reír.

—¿Cuál es tu puto problema, gilipollas?

Jeyson se encogió de hombros.

—Ninguno, ninguno. Solo me hacía gracia.

—Piérdete.

—Creo que aquí el único que debería perderse eres tú. Está claro que ella no quiere hablar contigo.

—Tenemos un hijo en común.

—¿Y eso quien lo dice?

—No es tu hijo —protestó Aby, cansada, sin fuerzas para gritar.

—Todo el mundo lo sabe —gruñó Aldo, cada vez más molesto—. Solo tienes que preguntar donde quieras.

—Oh. Yo solo escucho muchos rumores pero puedo asegurarte que Luca no es tu hijo.

Puede que fuera el tono de voz, la forma tan confiada con la que lo decía o su actitud pero Aby sintió un escalofrío.

—¿Ah? ¿Puedes? —Aldo rió sin ninguna emoción—. ¿Y cómo es eso?

Jeyson dio un paso más hacia ellos con la misma actitud; una pequeña sonrisa se dibujaba en sus perfectos labios.

—Facil —de encogió de hombros con esa misma actitud indiferente —. Yo soy su verdadero padre.

Aby sintió que en aquel momento se me detenía bruscamente el corazón. De golpe e inexorablemente. También vio con cierta satisfacción como la expresión de Aldo, tan llena de confianza y arrogancia que le hacía preguntarse como hubo un maldito tiempo hace años que estuvo enamorada de él, se contraía confuso y lleno de rabia. Solo Luca abrió mucho los ojos, impactado, de pronto mirando a la figura impresionante y sin duda llamativa de Jeyson Davis como si todo a su alrededor brillara.

Mierda...

Aby cerró los ojos agobiada. Iba a ser más duro tener que negar esa paternidad que la de Aldo viendo la reacción de Luca.

—¿Tu hijo? ¿Luca? ¡Venga ya! Pero si Aby no siquiera te conocía.

Y en solo un segundo, la expresión brillante de Luca se ensombreció de golpe, encajando bastante mal esa sacudida de realidad.

Aby suspiró.

—Eso es porque yo soy ese polvo de una noche mientras estaba borracha —explicó Jeyson sin dudar, manteniendo esa insufrible sonrisa mientras miraba a Aldo un instante más antes de desviar la mirada hacia ella.

Aby sintió como un estremecimiento le recorría por toda la columna, esa vibración que ya había notado una vez antes con él. Sus ojos la devoraban pero no fue ella la primera que habló. Luca dio un paso al frente, de nuevo con esa expresión esperanzada y la agarró del brazo, prácticamente zarandeándola.

—¿Es verdad? ¿Él es mi padre?

Aby lo miró dejando que su cuerpo se sacudiera de delante atrás con los movimientos de la mano de Luca de pronto con la mente en blanco.

Joder...

Capítulo 9

—¿Es mi padre?

Luca se puso frente a ella, mirando primero a Jeyson y luego a ella con el ceño cada vez más fruncido.

—¡Por supuesto que es mentira! —soltó Aldo con fastidio y una rabia mal contenida y agarró a Luca del brazo, tirando de él para acercarlo a él—. No creo que tu madre se hubiera convertido realmente en una zorra.

Aby giró el cuello bruscamente sintiendo como algo crujía en él y se preparó para dar el guantazo que llevaba tiempo conteniendo cuando una figura peligrosamente habil se adelantó antes de que ella pudiera alcanzar al cabron de Aldo y sin aviso encajó un puñetazo en la cara de Aldo quien terminó en el suelo por el impacto con unos grititos extraños mientras se tocaba la nariz rota.

—Me has roto la nariz —gimoteó sin mirar a nadie, medio histérico, medio incrédulo mientras la sangre manchaba el suelo, su mano y su ropa.

Aby miró la escena impresionada, la llorona actitud de Aldo, de rodillas en el suelo, la forma que Jeyson movía de un lado al otro el cuello mientras fulminaba a Aldo con los ojos fijos en la lamentable figura que se encontraba en el suelo. Solo Luca miraba la situación maravillado, justo antes de que el resto de compañeros salieran de los vestuarios, rodeando el edificio alarmados por los gritos de Aldo y se acercaron a Luca a practicar el mejor deporte de aquel pueblo:

el cotilleo.

—¿Qué es lo que ha pasado? —se interesó uno de sus amigos mirando a Aldo y su nariz llena de sangre con una risita tonta.

Luca se reunió con sus amigos con una sonrisa de oreja a oreja, una de esas sonrisas que Aby nunca había visto en él.

—Mi padre le ha dado un puñetazo a ese por insultar a mi madre.

—¿Tú padre?

—Sí.

—Espera, mi madre siempre ha estado diciendo que tú padre es el que está en el suelo.

—Sí, patéticamente aunque ni madre siempre lo está poniendo por las nubes —rió otro.

—No, al parecer mi madre no mentía cuando siempre decía que ese no es mi padre.

—¿En serio?

—Y entonces tú padre es... ¿él?

El dedo del muchacho se movió hasta señalar a Jeyson y todos los miraron fascinados. Luca se llevó una mano a la cadera orgulloso.

—Eso es.

Aby miró a Luca con un nudo en el estómago. Sabía que si en ese momento se le ocurría desmentir aquel notición el que más iba a sufrir era Luca. Se mordió el labio y miró rencorosa a Jeyson quien también le miró con una sonrisilla insufrible y le guiñó un ojo antes de encogerse de hombros. Aby deseó poder erizarse como los gatos y empezar a arañar.

—Muy bien, señor Jeksey, señor Davis —intervino el sheriff caminando hacía ellos junto al señor Davidson—. He recibido una llamada de que una pelea se estaba poniendo algo turbia y por lo visto esto ha llegado a algo más que solo turbidez.

—¡Yo soy el agredido aquí! —gruñó Aldo quien se puso en pie con una mano fuertemente apretada a la nariz... O los alrededores. Aby suponía que tendría que ser bastante doloroso tocarse en ese momento aquella zona.

—Por supuesto, por supuesto —aceptó el sheriff Jones—, en comisaría podréis explicarme todo lo que queráis. Supongo que no necesitaré esposaros, ¿verdad?

—¡Lo que necesito es un hospital! ¡Deberías arrestarlo a él por agresión! ¡Mira lo que me ha hecho! ¡Me estoy desangrado!

—Venga, venga —el sheriff Jones le dio unos golpecitos en la espalda a Aldo quien lo fulminó con la mirada pero el policía no parecía afectarle—. Si tienes tanta energía seguro que no será nada grave. Muy bien, muchacho... Davis, ¿no? Acompáñanos tú también.

—¡Mi padre no ha hecho nada malo! —intervino Luca interponiéndose en el camino del sheriff y Aby se apresuró a acercarse para apartarlo—. ¿Por qué tienes que llevártelo a él también?

El sheriff miró a Aldo y después suspiró antes de volver a mirar a Luca.

—No te preocupes, primero haré que lo acerquen al hospital para que le curen y...

—No hablo de él —lo interrumpió Luca, irritado—, mi padre es el otro.

Y señaló con un dedo a Jeyson que sonrió al niño antes de mirar al policía.

—Es cierto, yo no he hecho nada.

—Un momento —habló Jones parpadeando confuso—. ¿Exactamente quién dices que es tu padre? Porque hasta ahora todos decían que tu padre era Aldo Jeksey.

El hombre la miró y Aby se irguió a la defensiva.

—Yo siempre dije que no era su padre.

—¡La leche! —farfulló el sheriff perplejo, peinándose el poco pelo con una mano—. Entonces vosotros ya os conocíais...

—Es una larga historia —respondió Jeyson por ella y el sheriff asintió con la cabeza.

—¡Venga ya! Es mentira —gruñó Aldo—. Esa puta no creo que...

Esta vez el puñetazo fue más rápido y más fuerte y por unos segundos todos se quedaron estáticos, viendo como Aldo volvía al suelo y empezaba a gritar de nuevo antes de que él sheriff saliera de su asombro y agarrara a Jeyson.

—Es suficiente —se interpuso entre Jeyson y Aldo—. Señor Davidson, lleva a Aldo a que lo vea un médico, después envío a alguien al hospital y tú, muchacho, te vienes conmigo a comisaría.

Aldo siguió lloriqueando mientras Davidson se lo llevaba casi a cuestas hasta el coche y Aby vio con una risita la escena o le hubiera parecido lo bastante graciosa si Luca no hubiera ido detrás de Jeyson y Robert y se había metido dentro del coche de policía nada más Jeyson entró.

—¿Qué estás haciendo, Luca?

Aby corrió hacia su hijo y trató de sacarlo del coche tirando de él.

—Deja que se venga —restó importancia el sheriff Jones encogiéndose de hombros mientras se sentaba frente al volante—. Querrá estar con su padre —le dirigió un ojo critico a ella y Aby alzó la cabeza, entrecerrando los ojos irritada—. Puedes venir tú también si quieres.

Aby no trató de decir nada, lanzó una fugaz mirada a Jeyson que

sonreía desde la tranquilidad del asiento trasero y Aby vio como Luca y él empezaban a hablar en voz baja. Alzó una ceja fastidiada. Sin decir una palabra, abrió la puerta del copiloto y se dejó caer en el asiento al lado de Robert Jones.

Capítulo 10

Era de locos.

Lo mirase por donde lo mirase aquello era de locos.

Aby se mantuvo inmóvil, con la espalda apoyada en la pared del pasillo de la segunda planta mirando con los ojos entornados y una rabia latente como Luca ayudaba a Jeyson a preparar la habitación libre que solía usar Margaret cuando se quedaba a pasar la noche con ellos.

Había sido una encerrona desde el principio.

Antes de que llegara Aldo, Luca había sido quien prácticamente se había convertido en el abogado defensor de Jeyson, prácticamente culpando de todo a Aldo. Jeyson había corroborado hasta las exageraciones de Luca, con una sonrisa dirigida al niño que pareció suficiente para ganárselo y ella, tratando de poner un poco de distancia entre ellos, restándole ligeramente importancia a los insultos de Aldo, se había convertido en el mayor tirano de su hijo, alguien en quien no poder confiar, alguien que le dejaría tirado en el menor problema… Aby se había sentido miserable y ruin y había terminado aceptando todas las exageraciones de su hijo sobre lo

ocurrido con Aldo.

Al final, cuando Aldo había llegado y se había enterado de todo de lo que se le acusaba, había estallado, prácticamente intentando sacarle los ojos a un de pronto sumiso e inocente Jeyson y el sheriff había tenido que intervenir, mandando a su ayudante a encerrarlo asegurando que una noche en el calabozo le ayudaría a enfriar la cabeza.

—Bien —había dicho el sheriff Jones con su habitual despreocupación—. No seré yo quien evite una reunión familiar tan deseada —Él la había mirado y Aby había deseado estrangularlo, sin duda usando aquello para molestarla—. Así que si Jeyson Davis se aloja en vuestra casa no tengo ningún motivo para retenerlo...

Y había dejado la sugerencia en el aire, a la espera, posiblemente esperando a que ella admitiera que Jeyson no era el padre, que no lo conocía, aunque de hecho, ella no recordaba haber dicho en ningún momento que lo conociese, pero no necesitó despegar los labios y buscar una excusa convincente, Luca se adelantó, una vez más poniéndose al lado del que creía que era su padre y a quien había aceptado como tal desde el principio. Sin dudas, sin necesidad de pruebas, sin una leve vacilación, algo que no había sido igual para con la persona que llevaba años escuchando que era su padre.

—Por supuesto que puede quedarse en nuestra casa —había dicho Luca y, como si se acordase un minuto después, se volvió hacia ella que posiblemente tuvo que cambiar su aura asesina por una de fingida alegría con sonrisa y demás florituras—, ¿verdad, mamá?

Y ahí se hubiera puesto a golpear todo lo que encontraste delante.

—Claro.

Pero por supuesto no lo había hecho. Sin duda ser madre era uno de los trabajos más agotadores que existían.

Y ahora se encontraban en esa situación, mirando como Jeyson y Luca iban haciendo la cama, limpiando un poco el cuarto, sacando cacharros que habían estado acumulando dentro mientras reían y charlaban animados como si se conocieran de toda la vida.

Ella, por supuesto, no había intervenido, ni siquiera había entrado en la habitación, segura de que si lo hacía terminaría estrangulando al hombre que se encontraba encorvado terminando de arreglar la cama.

En algún momento pensó en acercarse, agarrar del cuello de la camiseta a Jeyson y arrastrarlo a algún lugar donde pudiera hablar con él sin que los oídos de Luca se vieran afectados pero si en algún momento encontró el valor para hacerlo, el timbre de la puerta le quitó las ganas, mirando con los brazos apretados alrededor del pecho el interior de la habitación, expectante de que alguien fuera a abrir la puerta.

Nadie se movió y el timbre volvió a sonar.

—Mamá, ¿puedes ir tú a abrir? Aquí estamos ocupados.

Su hijo le dedicó una significativa mirada y Aby se la devolvió, negándose a girar el cuello y mirar al hombre.

—¿Yo?

Luca alzó una ceja y señaló la habitación.

—Tú estás sin hacer nada.

Aby frunció el ceño y Luca también lo hizo.

—Venga, ya voy yo a abrir —se ofreció Jeyson poniéndose en pie.

—No, no —se apresuró a decir Luca poniéndose también en pie y agarrando el brazo de Jeyson—. Ya voy yo.

Aby respiró hondo y puso los ojos en blanco.

—Dejadlo, ya lo hago yo —soltó, fulminando a Jeyson con la mirada cuando él le lanzó una divertida mirada.

Aby bajó las escaleras pesadamente. Se sentía terriblemente agotada. Desde que Aldo había aparecido en el pueblo todo había ido patas arriba y cuesta abajo.

Volvieron a llamar al timbre.

—Voy, voy.

Joder, que ya iba.

Se detuvo en la puerta y la abrió, prácticamente cerrándola en las narices de Margaret nada más vio a su amiga al otro lado con el dedo levantado para volver a pulsar el timbre.

—¡Aby! ¡No te vas a creer lo que se está diciendo por ahí!

La mujer se abrió camino por su derecha, pasando por su lado con facilidad e ignorando el hecho de que ella tratara de cerrarle la puerta en las narices.

—No quiero saberlo —aseguró en voz baja, cerrando finalmente la puerta de un portazo y se apresuró a seguir a su amiga hasta las cocina donde con total familiaridad se puso a enredar con los armarios y el frigorífico en busca de algo de comida.

—Ya, ya —la ignoró—. Cuando te fuiste del banco se armó una muy gorda. Ya sabes —puso los ojos en blanco—. Según la puritana de la esposa del reverendo terminarás ardiendo en las profundas llamas del infierno.

Margaret la miró y Aby puso los ojos en blanco, dejándose caer en uno de los taburetes que rodeaban la mesa de la cocina.

—Seguro que sí...

—Pero no todos estaban de acuerdo.

—Por supuesto, qué sería de Menhill si no hubiera alguien para discutir.

Y a esas alturas de la vida lo agradecía.

—¿Verdad? —Margaret dio con unas galletas de mantequilla al fondo de uno de los armarios superiores y las sacó entusiasmada

sentándose también en la mesa—. Si Aldo te había abandonado con bombo y todo, ¿qué derecho tenía a exigir nada ahora?

Aby puso los ojos en blanco y empezó a enredar con un hilo flojo del mantel.

—Aldo no es el padre de Luca —dijo en voz baja, sin energías.

Un puñetazo en la mesa la devolvió de golpe al presente, prácticamente saltando del taburete de la sorpresa y vio como a su amiga se le iluminaban los ojos mientras masticaba un trozo de galleta.

—Pues ahí viene lo interesante.

Por alguna razón Aby sabía que no le iban a sorprender las noticias.

—Insisto. No quiero saberlo.

—¿Te acuerdas del tío buenísimo de la otra noche? El que tenía un culo de infarto y una sonrisa que derretiría a cualquiera.

—No —mintió Aby descaradamente.

Su amiga hizo una mueca.

—Sí, venga, el tío que te defendió delante de Aldo, joder, Aby, ibas bebida pero no tan borracha como para no acordarte de él.

Margaret le lanzó una mirada molesta y Aby se limitó a sonreír por compromiso, moviendo una mano.

—Hm.

Su amiga pareció animarse de nuevo.

—Pues ahora está circulando el rumor de que él es el verdadero padre de Luca.

Su amiga se calló, con los ojos brillantes llenos de expectación a la espera de que ella reaccionara. Aby solo la miró.

—Hm —volvió a decir tras una larga pausa.

Margaret la miró alzando una ceja.

—¿No te sorprende?

—Oh, sí, mucho.

Ni siquiera era capaz de dar un poco más de emoción a la voz.

—¿Mucho?

Margaret sonaba incrédula.

—¡Muchísimo!

Los ojos de su amiga se entrecerraron.

—¿Me estás ocultando algo?

—¿Yo?

Su amiga despegó los labios para decir algo más pero algo que vio a su espalda pareció llamar su atención. Margaret abrió mucho los ojos y tardó unos instantes en desviar la mirada de la figura que no necesitaba girarse para imaginar quien era, hacia ella, buscando sus ojos sorprendida.

—¿Qué hace él en tu casa?

—Es mi padre y vivirá con nosotros desde ahora —anunció Luca con una voz cargada de felicidad que simplemente Aby no se veía capaz de ser quien la hiciera desaparecer.

—¿Cómo...?

Margaret abrió mucho los ojos, mirándola fijamente y Aby se encogió de hombros, volviendo a forzar una sonrisa.

—Así son las cosas.

—¡No me jodas!

Volvió a golpear la mesa con un puño y se puso bruscamente de pie.

—Agradecería que no hablaseis de ese modo delante de mi hijo —soltó Jeyson con voz sería y Aby le lanzó una mirada de advertencia.

Él le dedicó una sonrisa.

—¿Y cuándo pensabas decirme que él era su padre?

—Fue una noche que estaba borracha —se disculpó ella con una risa nerviosa—. No lo reconocí al principio.

Su amiga alzó un poco más la ceja y volvió a tragarse lo que iba a decir cuando los dedos de Jeyson acariciaron la parte de atrás de su cuello y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

Aby sintió un estremecimiento y resistió el impulso de ponerse en pie, apartarlo de un manotazo y darle un tortazo. Se limitó a congelar la sonrisa y mover lo suficiente el cuello para que él apartara la mano mientras le lanzaba una mirada de advertencia.

Otra más

Joder, a ese paso se iba a volver una experta en lengua de miradas. De ahí a que alguien entendiera lo que quería decir con ellas ya era otra historia.

—Hemos decidido empezar otra vez. Poco a poco.

—Yo no recuerdo haber dicho eso... Ni nada. Además, solo te quedarás el tiempo hasta que se resuelva lo de Aldo.

—¡Mamá!

—¿Qué?

¿Ahora la malo era ella?

—¿No puedes ser un poco más amable? ¡Es mi padre!

Oh. El colmo.

—Bien de acuerdo. Mañana todos tenemos que ir a trabajar así que está charla se terminó. Tú te vuelves a tu casa.

Se levantó y acercándose a su amiga empezó a tirar de ella hacia la puerta de entrada.

—¿Qué haces? ¡Pensaba dormir en tu casa!

—¡Otro día!

La empujó fuera y cerró la puerta antes de mirar a Luca y lo señaló con un dedo.

—¿Qué? —se puso el niño a la defensiva.

—Mañana tienes clase. A la cama.

—Pero...

—Y tú...

Señaló a Jeyson con el dedo y él se cruzó de brazos con una sonrisa.

—Yo estoy de vacaciones. No trabajo.

Aby bufó.

—Tú y yo tenemos que hablar. Ahora —añadió que tanto él como Luca abrían la boca—. Y te lo digo en serio, Luca. A la cama. Ahora.

Capítulo 11

—¿De qué quieres hablar?

Aby se había sentado alrededor de la mesa de la cocina después de coger dos vasos del mueble y llenarlos de agua; de agua, sí, y ponerlos frente a los dos antes de sentarse en la parte más alejada de donde Jeyson se encontraba sentado.

—¿A ti qué te parece?

Jeyson se encogió de hombros y ladeó juguetonamente la cabeza.

—No lo tengo claro...

—Déjate de tonterías —lo interrumpió con suavidad—. Te agradezco lo que has hecho pero a estas alturas me importa poco lo que puedan decir de mí así que...

—Debería importarte —esta vez el hombre borró completamente la sonrisa y Aby se puso tensa.

—¿Qué? Eso no es asunto...

—Tienes un hijo. Luca absorbe todo lo que dicen a su madre. ¿No lo has pensado? Si yo no daba ese puñetazo, ¿Crees que no lo hubiera hecho él?

Los dos se miraron en silencio.

—¿Y tenías que darlo tú?

—Por supuesto. Un padre haría cualquier cosa por su hijo, incluso dar una paliza al ex de su madre aunque sin duda es una mujer que no necesita eso para defenderse.

—Me alegra ver que lo sabes.

—Por supuesto.

—Pero no actúes como si Luca fuera tu hijo.

Él puso expresión de absoluta ofensa y Aby hubiera pensado que era real si no supiera quien era el verdadero padre de Luca.

—Soy su padre —se llevó dramáticamente una mano al pecho y Aby puso los ojos en blanco.

—De acuerdo. Lo que tú digas.

—¿Por qué actúas ahora como si no recordaras nuestra apasionada noche?

Aby deseó adelantarse, acercarse y estrangularlo con sus propias manos.

—Los dos sabemos que eso no ocurrió.

Pero debía tranquilizarse. Planeaba negociar. Las cosas habían terminado así no porque ella las hubiera planeado pero la situación con Aldo se le había escapado de las manos y no deseaba vivir con la paranoia de que Jack Letto apareciera de pronto y se llevara a Luca después de meterla en prisión por varios delitos que ni siquiera quería pensar.

Sí, la aparición de Jeyson Davis no había sido planeada pero podía ayudarla a resolver de forma chapucera y provisional la figura paterna de Luca. Una vez Luca fuera mayor o dejara de admirar de esa manera enfermiza a Jeyson, adorándolo como el padre que ha regresado como un héroe. Tal vez incluso si convivían un tiempo podía darse cuenta de que Jeyson, lejos de ser su padre ideal, no era más que otro tipo normal y corriente y el impacto de la verdad no le suponía tanto trauma.

Aby sonrió satisfecha de su propio ingenio, pasando por alto el asunto de que estaba metiendo en casa a un completo extraño que

ni siquiera sabía si era un psicópata, un ladrón o un ángel a la espera de que llegaran el paquete de Amazon con las alas que había pedido a la tienda del cielo.

De hecho no sabía a qué se dedicaba, dónde vivía, las alergias que tenía o si había una novia, esposa o amante con ocho hijos y dos perros esperándole en casa mientras él dedicaba todos sus encantos a las palurdas como ella que vivían en un pueblo donde uno tendía a aburrirse tanto que hacían del cotilleo el deporte local.

—¿En serio?

Aby sacudió una mano para borrar de sus pensamientos la encantadora sonrisa de ese hombre. ¡Debía ser ilegal tener una sonrisa así!

—Como sea…

—¿Entonces ya no lo niegas?

Aby lo fulminó con la mirada, muy seria y luego le enseñó los dientes en lo que consideró era una buena sonrisa. La manera que él enarcó una ceja le dio a entender que la mueca no había sido la esperada pero a ella le dio igual. Apartó el vaso de agua, sin tocar, a un lado y puso los brazos alrededor de la mesa, inclinándose hacia delante, hacia donde se encontraba Jeyson.

—Como sea —repitió—. Negociemos.

Esta vez la ceja de él se elevó por un motivo diferente y vio la desconfianza en su expresión. ¡Uoh! ¿Así que hasta ella podía causar

desconfianza y recelo en un hombre de su tamaño?

—Negociar, ¿qué?

—Simple. Ya has visto la situación en la que me encuentro en el pueblo por culpa de los rumores sobre la paternidad de mi hijo. Y no, Aldo no es su padre.

Debía aclarar ese punto antes de que hasta ese hombre empezara con un debate moralista sobre quitar la oportunidad a un padre de conocer a su hijo.

—Eso ya lo sé —aseguró él encogiéndose de hombros y echando la espalda hacia atrás, recostándose en el respaldo de la silla. Agarró el vaso de agua y se lo llevó a los labios en un movimiento que a Aby le pareció increíblemente sensual—. Él no puede ser el padre. Lo soy yo.

Aby parpadeó, volviendo a la realidad de golpe y le hizo una mueca de disgusto. ¡Oh, bueno, como sea! Al final eso podía facilitar lo que trataba de pedirle. Desvió la mirada, negándose a seguir observando hipnotizada y medio embobaba como ese imbécil bebía agua. ¡Por muy apetecible que le resultara! Y no, no estaba hablando del agua. ¿Tal vez estaba frustrada? Igual debía hacer caso a Margaret y buscarse un hombre...

—Quiero que te hagas pasar por el padre de Luca.

Lo había soltado. Ya estaba. Aby volvió a mirarlo. Los ojos del hombre ni siquiera mostraban sorpresa pero en sus labios se dibujó una leve sonrisa, divertida y Aby lo fulminó con la mirada.

—¿Hacerme pasar?

—Es lo que he dicho, sí.

—Has dicho que me haga pasar por su padre.

—Sí, lo he dicho.

—Ajá…

—Puedes negarte si quieres, pero me ayudaría mucho que exista otro padre aparte de Aldo para que la gente de este maldito pueblo y el imbécil de Aldo me deje en paz. Además, Luca ya lo da por hecho y por algún motivo que desconozco parece que te adora…

—Será porque como dicen, la sangre tira…

Aby hizo otra mueca.

—¿Entonces qué me dices? —soltó, ignorando su comentario.

Jeyson la miró fijamente durante unos instantes y luego se encogió de hombros.

—De acuerdo. Como un buen padre estoy dispuesto a cualquier cosa por mi hijo.

—Deja eso, ¿vale?

Jeyson ladeó la cabeza.

—Dejar, ¿qué?

—Deja de decir que Luca es tu hijo.

Jeyson se llevó teatralmente una mano al pecho y puso expresión afligida.

—Es lo más cruel que me han dicho en la vida.

Aby puso los ojos en blanco.

—Entonces decidido.

Además, no sabemos durante cuanto tiempo tienes que quedarte en mi casa por prescripción policial —ironizó con un lamento—, así que al menos con eso me daré por pagado el alquiler...

—No, lo justo es que aporte económicamente en la casa —dijo él sacudiendo la cabeza—. Pagaré un alquiler y mis gastos...

—No hace falta eso... Me ayudará bastante lo de ser el padre de Luca.

—Aún así —insistió él muy serio—. Podría ser perfectamente el padre de Luca sin que vivamos bajo el mismo techo. Intervenir e involucrarme fue mi decisión. Así que es mi culpa que hayamos terminado de esta manera y mejor tu casa que el calabozo así que lo justo es lo justo.

Aby lo miró muy seria. Honestamente eso no se lo había esperado.

—De acuerdo —aceptó sin más debate—. Como quieras.

Tampoco iba a ponerse a discutir por algo así.

—Perfecto. Entonces subiré a dormir.

Aby observó los felinos movimientos del hombres al levantarse y girarse caminando hacia la puerta. Se mordió el labio.

—¿Hay algo que debería saber? —se interesó antes de que él hombre se perdiera de su vista al cruzar la puerta.

Él se volvió a mirarla con una mano en el marco de la puerta.

—¿Cómo qué?

Aby torció los labios.

—¿Alguna alergia?

Jeyson sacudió la cabeza.

—No.

—¿Algo que no puedas comer?

Él volvió a sacudir la cabeza.

—Hasta ahora no he encontrado nada que no pueda tragar.

Que no pudiera tragar... Era una buena observación. Aby asintió con la cabeza y volvió a morderse el labio con fuerza.

—¿Alguna esposa e hijos por los que debería preocuparme?

Esta vez Jeyson la miró con atención antes de que se dibujara una burlona sonrisa en sus sensuales labios.

—Si hubiera tal esposa sería yo quien debería preocuparme por ella, no tú.

Aby hizo una mueca y puso los ojos en blanco.

—¿Y la hay?

—¿A ti qué te parece?

—Lo único que sé de tí es que te llamas Jeyson Davis —Y no dudaba del nombre porque le había dado su identificación al sheriff.

Aparte de que no tenía ninguna alergia y no había nada que no pudiera tragar, por supuesto.

—Oh —fue lo único que respondió—. Entonces también puedes apuntar a la lista de cosas que sabes de mí es que no hay ninguna

mujer de ningún tipo esperándome en casa... Y que tengo un hijo.

Aby sintió un espasmo.

—¿Tienes un hijo?

Jeyson asintió con la cabeza sin borrar la sonrisa. Tampoco dejó de mirarla.

—Sí, a Luca.

Le guiñó un ojo y salió finalmente de la cocina. Aby puso los ojos en blanco pero no pudo evitar sonreír mientras apoyaba la barbilla sobre la mesa.

—Joder... —musitó.

Capítulo 12

Habían pasado dos semanas desde que Jeyson Davis se había mudado con ellos pero lejos de que terminasen los problemas tal y como Aby había creído al proponerle aquello, estos se habían intensificado.

Aldo seguía siendo como una espina clavada en el costado... O un puñetero grano en el culo. No se había marchado; no había vuelto al infierno del que había salido regresando a Menhill a amargarle la

vida aunque sí había conocido a la amiga con la que había regresado, un clon de Mary Josefine Anderson. Si no lo hubiera creído posible, Aby hubiera jurado que era su hermana gemela, una que debía haber mantenido encerrada en el ático de su casa durante todos los años que fueron juntas al colegio e instituto.

Al menos empezaron los rumores, las historias y las teorías de la conspiración sobre lo ocurrido con la verdadera Mary Josefine y cómo habría terminado Aldo con su supuesta hermana gemela retenida en el ático que por cierto no tenían en su antigua casa familiar antes de que la abandonaran y se mudaran al año de que Aldo abandonara Menhill con su adorado retoño y los comentarios estuvieran volviendo loca a la señora Anderson.

Fuera como fuera, los adorables vecinos de Menhill habían empezado a opinar que el hecho de que Aldo hubiera decidido sacar a pasear a su amiga por las calles del pueblo se debía a su rechazo y Aby, de alguna manera, había empezado a interpretar las miradas que le lanzaban como reproche, decepción y otras emociones que simplemente se le resbalaban pero lo que peor llevaba eran las asiduas visitas de la esposa del reverendo, ocasionalmente acompañada por su cuñada a cuál más venenosa de las dos que no parecían ser felices sin haberle fastidiado la vida al prójimo.

—Buenos días, señora Treson, ¿puedo ayudarla en algo hoy?

Aby esbozó una de sus mejores sonrisas; una falsa, forzada y de hecho bastante desagradable. De alguna manera era una que se había vuelto un complemento habitual en su rostro, sobre todo desde que los rumores de que Jeyson Davis, el desconocido que había llegado hacía pocos días al pueblo fuera el verdadero padre de Luca y que ya estuvieran viviendo juntos como una familia feliz.

Sin duda Karen Treson no conseguía dormir por las noches solo de pensar en la felicidad ajena.

—He decidido abrirme una cuenta en este banco.

—Por supuesto.

Aby empezó a abrir el programa y le pidió su identificación, añadiéndolo todo en la ficha y alejándose un momento para escanear el documento. Después volvió a su asiento y le devolvió el documento.

—Dicen que ayer fuiste con tu novio a ver el partido de Luca.

Aby respiró hondo. Bien, podía tranquilizarse, podía terminar esa conversación sin un asesinato.

—Fuimos a ver el partido de nuestro hijo... cómo muchos otros padres —dijo con voz neutra manteniendo la misma sonrisa que terminaría perforando ambos lados de sus labios.

—Te has vuelto a reunir con el padre de tu hijo después de tantos años. ¿No crees que ha sido mucha casualidad que encontraras un hombre dispuesto a tomar ese papel justo cuando apareció su verdadero padre?

La sonrisa de Aby se congeló. Sin asesinatos, sin asesinatos.

—Su verdadero padre me acompañó a ver el partido de nuestro hijo del domingo —dijo fríamente aún con la sonrisa—. Deberías

probarlo.

La también desagradable sonrisa de Karen también se borró, de golpe.

—¿Cómo?

Aby se recostó hacia delante.

—Deberías probar a tener un hijo también —dijo Aby con suavidad, entrecerrando los ojos—, así también podrías ir con tu esposo a ver los partidos de vuestro hijo y de paso, tal vez tendrías algo más que hacer que estar tocándome las narices.

Los ojos de Karen llamaron, furiosos. Sus labios se convirtieron en una delgada linea blanca y respirando con fuerza, agarró su documento y la libreta que Aby dejó por la ventanilla y se dio la vuelta, agraviada y muy digna.

—El colmo... —masculló.

—Que tenga buen día, señora Treson —se despidió Aby de pronto de mucho mejor humor.

La mañana fue parecida a la del resto de los días antes de la llegada de Aldo. Aby reconocía que la presencia de Jeyson había resultado un remiendo bastante bueno. Puede que no la hubieran dejado en paz de hecho seguía en boca de todo el pueblo pero ahora no era el único interés del pueblo y los comentarios sobre ella habían empezado a moverse hacia otros caminos.

Sin duda las cosas no se habían solucionado pero habían mejorado mucho, alejándola de un tema que la preocupaba demasiado. Era como si después de una mala temporada hubiera podido volver a respirar.

Aunque sí había algo que había empezado a preocuparla.

—Bien, cuenta.

Aby miró a Margaret y fingió confusión. Sabía a qué se refería su amiga ya que era la misma pregunta que le había hecho cada día desde que Luca se había vuelto oficialmente el hijo de Jeyson Davis para todo Menhill.

—¿Qué quieres que te cuente?

—¿Hasta dónde ha progresado tu relación con el padre de tu hijo?

Aby puso los ojos en blanco.

—Ya te dije que solo estamos juntos por el bien de Luca.

Y de hecho había pospuesto esa conversación durante dos semanas. Aby intentó alejarse pero su amiga se interpuso en su camino, extendiendo los brazos a ambos lados para impedirle continuar.

—Hoy no te libras así que deja que el guapo del padre de tu hijo se encargue de la cena, de ir a buscar al niño al entrenamiento...

—Luca no necesita que le vayan a buscar...

Aunque Jeyson lo había estado haciendo cada día esas últimas semanas y Aby admitía que nunca lo había visto tan feliz...

—No me fastidies, Aby.

Aby sonrió poniendo los ojos en blanco.

—Vale, venga, hablemos.

No era como si pudiera alargar durante más tiempo esa conversación pendiente y le vendría bien hablar con una amiga.

Capítulo 13

Las dos terminaron en la cafetería del pueblo, un lugar donde solían reunirse los jóvenes cuando no iban al río o a la plaza. Ella también había disfrutado de todos esos lados en otro tiempo, un tiempo que le parecía ahora muy lejano. Había sentido todas las miradas fijas en ellas en cuanto cruzaron la puerta, un detalle que imaginó se debía a la presencia de Aldo con la otra Mary Josefine, una mujer que de hecho se llamaba Sally.

Por unos instantes, Aby pensó en darse la vuelta y marcharse pero ella no tenía ningún motivo para esconderse o huir así que entró, se sentó en la primera mesa que encontró libre y esperaron a que Tony se acercara a tomar la orden.

—Vale, ahora desembucha todo.

—Creo que ya lo sabes todo —dijo Aby con pereza, sorbiendo el batido de fresa y mango que había pedido con la larga pajita que habían dejado dentro del vaso.

—No, no me vengas con esas. ¿Por qué no me dijiste que Aldo no era el padre de Luca?

Aby apartó la pajita de su boca y miró a su amiga incrédula, lanzándole una de esas miradas de reproche que por una vez hasta Margaret bajó la cabeza avergonzada.

—Lo dije —gruñó, en voz lo suficientemente alto para que lo oyeran las mesas de al lado que sin duda tenían las orejas alzadas y agudizadas—. Varias veces. A ti y a todo el mundo. ¿Alguien me hizo caso? No. Pues bien, es lo que hay.

—¿Y por qué no me dijiste que su padre estaba tan bueno?

Joder, ahí estaba su problema más reciente. La idea había sido buena, sí, pero tener que convivir cada día con un tío que estaba buenísimo, que siempre tenía una sonrisa, se comportaba con Luca como si fuera un verdadero padre y hasta si no fuera porque no compartían la misma cama y obviamente no había sexo de por medio, hasta se había convertido en el esposo amo de casa perfecto.

En dos semanas, no había habido un solo día que no se hubiera levantado a prepararles el desayuno, cocinaba, les preparaba el almuerzo, cuando llegaba estaba la cena hecha, limpiaba y hasta se sentaban juntos a ver películas y comer palomitas. Jeyson le había hecho un masaje de pies hacía solo dos noches cuando había llegado agotada y siempre que tenían libre salían juntos a dar una

vuelta o ver los partidos de Luca juntos.

De hecho su vida no había sido más perfecta... Si no hubiera estado sexualmente frustrada, por supuesto.

Jeyson había empezado a moverse por la casa de forma despreocupada. Son camisetas después de salir de la ducha mostrando unos abdominales impresionantes y un cuerpo de infarto, el cabello mojado, esas gotitas deslizándose por su piel desnuda... Incluso Aby recordaba un momento en el que casi le da un infarto cuando una mañana, aún atontada, no se le ocurrió nada mejor que hacer, que abrir la puerta del cuarto de baño sin llamar... Y la mala suerte de que Jeyson acabara de salir en ese momento de la ducha tal y como Dios lo trajo al mundo mientras agarraba una toalla.

Los dos se habían mirado a los ojos antes de que Aby hubiera bajado inconscientemente los ojos hasta alcanzar el relajado pene que colgaba entre sus piernas y de hecho admitía que su tamaño no era precisamente despreciable. Ella había notado como se espabilada de golpe, todo el calor subía hasta su cabeza y con una torpe disculpa, se había largado del cuarto de baño dando un portazo.

A la noche había encontrado cerrojos en los dos cuartos de baño de los que disponía la casa.

—A ver... —dijo alargando el tono de la e unos instantes mientras sorbía una vez más de la pajita—. Estaba borracha y no lo recordaba bien...

Su amiga la miró escandalizada.

—¿Es verdad que te quedaste embarazada en el polvo de una noche?

Aby puso los ojos en blanco.

—Ni la primera ni la última.

Aunque estaba lejos de la realidad. Ella no era la verdadera madre de Luca, sino su tía, aunque legalmente sí era su madre y Jeyson lamentablemente no era el padre. ¡Qué diferente hubiera sido todo si aquel hombre hubiera sido el padre de Luca! Estaba segura que hubiera podido dejarle a Luca para que el niño se criara con su propio padre, sin riesgo, sin peligro, en un entorno saludable y ella hubiera podido ejercer de tía, alguien que en vez de criar hubiera podido consentir y mimar.

—¿Aby?

—¿Qué?

Aby volvió a mirar a su amiga. Mierda. Se había dejado llevar por sus propios pensamientos. Sacudió la cabeza, obligándose a volver a la realidad y sonrió.

—¿Y planeáis volver a empezar una relación?

—No creo que se pueda.

Aby volvió ya sorber de su pajita y Margaret enarcó una ceja.

—¿Por qué? ¿Está casado o tiene novia?

—Él dice que no.

La ceja de su amiga se elevó un poco más.

—No tendrá una enfermedad terminal, ¿verdad?

Aby la fulminó con la mirada.

—No seas bestia, por favor.

—Joder, yo qué sé. Busco algún motivo para entender ese "no creo que se pueda"

Aby puso los ojos en blanco.

—Puede ser algo tan simple como que no somos compatibles, no le gustó o yo qué sé...

Volvió a sorber haciendo un ruido al hacerlo y Aby fingió que no notaba las miradas de las dos señoras de la mesa de al lado. ¿Osea, que para escuchar ni una miradita pero guardaban increíble silencio pero en cuanto una hacía algo que consideraban desagradable le miraban a una como un excremento de perro?

—Sí, será por ese tufillo a familia feliz que desprendéis en cuanto alguien os ve juntos.

—Yo no lo diría de esa manera.

—Y la forma que él te mira...

—Como a cualquier otro...

—Como si quisiera devorarte y lamer tus huesos.

Las dos se miraron en silencio unos segundos. Esta vez Aby sí que notó la mirada directa de las tres mujeres de la mesa de al lado sin la necesidad de que ella hubiera hecho un ruido desagradable; aunque, por supuesto, no descartaba que esas miradas clavadas en su nuca no fueran debido a que consideraran el comentario de Margaret como algo desagradable.

—Eso sería asesinato —dijo ella tras la pausa volviendo a agarrar la pajita con los labios y agradeciendo que no se reflejara la forma que había empezado a latir su corazón con esa posibilidad—, con el agravante de canibalismo.

Su amiga entrecerró los ojos y le lanzó una furibunda mirada.

—¿Es en serio?

Aby se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga?

—Te estoy diciendo que le gustas, que está interesado en tí...

—No te fíes, bonita —intervino una de las señoras—. Igual solo quiere otro revolcón, te hace otro hijo y no vuelve hasta dentro de otros quince años.

Margaret ladeó medio cuerpo para mirar a las señoras. Aby solo se giró a medias para lanzarles una sonrisita sin compromiso.

—Señora, no hemos pedido su opinión.

—Solo nos estamos preocupando —respondió otra lanzando un bufido en dirección a Margaret que entrecerró los ojos.

—No tienen nada de qué preocuparse. Nos servimos solas.

—Eres una desagradecida niña —dijo la primera señora antes de volverse a mirarla a ella—. Hazme caso. Los hombres no sirven para nada, solo para darnos preocupaciones, estar lavando sus camisas y planchando sus calzoncillos...

—¿No es al revés? —la interrumpió una se sus amigas y la señora la hizo callar con una mirada fulminante en unos ojos verdes rodeados de finas arrugas.

—¡Qué sabrás tú!

Aby alzó una ceja y trató de mantener la sonrisa mientras trataba de agarrar el pantalón de su amiga por debajo de la mesa para que buscara una manera de salir de allí.

—No es como si tú fueras la única divorciada —protestó la tercera

mujer con un mohín.

—Estas mujeres tontas... —se lamentó la señora antes de volver a mirarla a ella—. Haz lo que quieras pero estar con un hombre es el mayor error de tu vida. Si quieres ser una tonta siempre, ve y acuéstate con él. Cuando en vez de un hijo lleves de la mano a dos, luego, ahí, vienes llorando y a lamentarte como una tonta.

Aby siguió mirando a la mujer con la sonrisa congelada y preguntándose si realmente importaba demasiado ser una borde e irrespetuosa con una señora que casi podría ser su abuela si se levantaba sin abrir la boca y se largaba dejándola con la palabra en la boca. Eso, o soltarle lo que realmente opinaba, le parecía una actitud mucho más educada.

—Señora —respondió Margaret finalmente cuando al no conseguir dar con la pierna de su amiga con la mano, terminó dándole una patada poco disimulada, haciéndola dar un bote antes de mirarla un poco confusa y hacerla reaccionar unos segundos después—. No todas queremos vivir solas y amargadas. Ni siquiera me gustan los gatos!—soltó con acritud.

Aby giró el cuello hacia ella lanzándole una significativa mirada. Su amiga se encogió de hombros y le hizo un gesto con la cabeza que son duda la desafiaba a decirle algo.

Joder...

Aby volvió a mirar a la mujer que miraba a Margaret como si fuera a echar espuma por la boca y trató de sonreír un poco más diplomática, buscando algo qué decir que aún pudiera resultar educado. Para soltar lo que había dicho su amiga se servía

fácilmente en su extenso repertorio de monstruosidades.

—¡A ver cómo vives dentro de unos años!

—¡Seguro que no llegas a verme!

Los ojos de la anciana se abrieron como platos y Aby escuchó algún crujido de alguna de las otras mujeres pero no se giró para mirar las reacciones de las otras dos señoras. Se puso bruscamente de pie y prácticamente arrancó a su amiga del asiento, después se giró hacia la mujer y mantuvo una sonrisa cada vez más rígida.

—No le hagáis caso. Se le ha subido el azúcar a la cabeza —fingió que no veía la tonalidad cada vez más azul del rostro de la mujer y tiró de su amiga hacia la puerta—. Pero muchas gracias por todos vuestros consejos. Sin duda no quiero estar lavando camisas y planchando calzoncillos. Me buscaré a uno que lave y zurza mis bragas. Hasta otro día.

Se despidió con una mano y prácticamente lanzó a su amiga fuera de la cafetería, respirando un aire de la calle que nunca le había parecido tan fresco y renovado.

—Joder con las locas esas —protestó Margaret poniendo las manos ena cadera.

Aby cerró unos instantes los ojos, después los abrió y echó a caminar en dirección a su casa.

—Me voy a casa.

—¿Eh? ¿Por qué?

Su amiga la alcanzó rápidamente y empezó a caminar a su lado.

—Estoy cansada, Magy.

—¡Pero si no hemos terminado de hablar!

—Hablar contigo me ha conseguido un agujero en el hígado —aseguró sin disminuir la velocidad de sus pasos.

—¿Eh? ¡No he sido yo! ¡Esas locas...!

—Esas locas viven en Menhill. ¿Aún te sorprendes?

Su amiga abrió y cerró la boca, después la movió de derecha a izquierda con los labios apretados.

—Tienes razón.

—Por lo general siempre la tengo.

—¡Venga ya!

Aby sonrió.

—Me voy a casa, ¿vale? Mañana hablamos.

—Oh, cierto, es una excusa para poder pasar más tiempo con él elegido para que te lave y te zurza las bragas.

Aby resopló con una sonrisa.

—¡Qué te den!

Las risas de Margaret la acompañaron casi todo el camino a casa.

Capítulo 14

—No, estás castigado, por supuesto que no vas a ir a casa de Dylan.

—Es el cumpleaños de Natalie.

Aby miró la expresión compungida de Luca, desesperado cuando había intentado salir de casa y ella se lo había impedido.

Era sábado y aunque Luca solía salir un rato con sus amigos, esta vez estaba castigado por culpa de las últimas notas con las que había aparecido y que había tratado de esconder durante cinco días, asegurando que todavía no se las habían dado.

Al final, Aby había aparecido en el instituto para hablar con su tutora algo extrañada y se había encontrado con aquella situación.

No solo estaba castigado por los cuatro suspensos, sino que le había estado mintiendo y ocultando la verdad.

—¿Quién es Natalie?

—Una amiga.

La manera que su hijo se sonrojó le dejó bastante claro quién era, aunque eso no quitaba el hecho de que seguía castigado.

—Estás castigado.

Aby cruzó los brazos alrededor del pecho y Luca hizo una mueca.

—Vale, sé que cometí un error...

—¿Un error?

—Un par de errores —admitió y Aby alzó las cejas—, pero podemos hablarlo, ¿no? Cómo adultos.

—¿Cómo adultos?

—Tengo casi dieciséis años. Lo lógico es que lleguemos a un acuerdo. Además, papá no da tanta importancia a las notas como tú.

—¡Oh! ¡Lo que me faltaba!

Ahora encima la mala era ella.

—Por eso tu padre no te ha castigado pero yo sí.

—Y yo te estoy pidiendo negociar.

Aby lo miró horrorizada.

—¿Quién te está enseñando eso?

Los ojos de Luca se desviaron a un punto a su espalda y Aby entrecerró los ojos antes de girarse para ver a un sonriente Jeyson asomando la cabeza por la puerta.

—Si planeas escuchar a escondidas mejor puedes entrar y participar.

—No puedo —dijo él asomando el resto del cuerpo—. Me posicionaría a favor de Luca y eso haría que está noche me tocase dormir en el sofá.

Le guiñó un ojo a Luca quién sonrió feliz y Aby puso los ojos en blanco, fingiendo que no daba importancia a la implicación de esas palabras.

No eran un matrimonio, no eran una pareja, ni siquiera novios o amantes y Luca, por mucho que doliese, no era su hijo.

—Venga, mamá, te prometo que llegaré pronto pero déjame ir al cumpleaños de Natalie.

—Venga, déjale —Jeyson empezó a tirar de la tela de su chaqueta, zarandeándola suavemente—, es la chica que le gusta y le ha comprado un regalo...

—¡Papá!

Aby los miró a los dos, pasando por el niño y luego al hombro con expresión rencorosa.

—¡A él sí se lo has dicho y a mí no!

Jeyson la miró reconciliador.

—Tú lo habías castigado, yo no.

Aby abrió mucho los ojos y lanzó una agria mirada a Jeyson antes devolver a mirar a Luca.

—¡Pero qué bonito! ¡Los dos contra mí!

—Venga, mamá, déjame ir al cumpleaños. Te prometo que la semana que viene si quieres no voy ni a los entrenamientos.

Aby hizo una mueca. Joder, no quería ser la mala. Ella siempre había querido ser la tía, la que se encontraría en el papel de endulzar a su hermana para que dejara salir al niño. Cerró los ojos, frustradas.

—Venga, déjalo. Desde mañana le ayudaré todas las tardes a estudiar. Seguro que no se repite lo de esta vez, ¿verdad?

Aby abrió los ojos justo en el momento en el que Jeyson le hacía disimulados gestos a Luca para que le siguiera la corriente.

—¡Es verdad! —gritó Luca de pronto, acercándose también a ella con las manos pegadas sobre su cabeza—. Venga, mamá, por favor. Es muy importante para mí. Estudiaré con papá y me aplicaré el doble. ¡Y te prometo que nunca más volveré a despertarte, sacarte de la cama y obligarte a tomar una ducha para que no llegues tarde al trabajo!

Aby sintió como le salía sarpullido y miró espantada a Jeyson que giró el cuello para disimular una risa que ya se escapaba de su garganta.

Aby puso los ojos en blanco y miró muy seria a su hijo.

—De acuerdo, ve, pero más te vale que las próximas notas sean perfectas y con eso me refiero que esté todo aprobado.

—¡Te lo prometo!

Luca salió corriendo hacia las escaleras, subiéndolas de dos en dos y Aby se giró con los brazos cruzados hacia Jeyson que soltó su chaqueta rápidamente y dio un paso atrás con expresión de quien entierra el hacha de guerra de golpe.

—¿Qué me dices de ver una película nosotros dos? Puedo preparar palomitas y...

—Ya que te comportas como si fueras su padre podrías al menos ir a mí favor, ¿no?

Él la miró con fingida sorpresa.

—Creo que eso no venía en el manual de "como ser un buen padre".

Aby lo fulminó con la mirada.

—¿Y no había otro de como ser una buena madre?

—Sí, en el estante de arriba.

Aby volvió a fulminarlo con la mirada y se dio la vuelta.

—La película será romántica, empalagosa y si es posible un musical.

La expresión de Jeyson solo se torció un poco.

—¡De acuerdo!

—Y quiero una ensalada con pollo picante además de las palomitas y no te olvides de añadir mucha mantequilla.

—Ahora entiendo la forma en la que has conseguido un cuerpo tan increíble.

Aby se giró violentamente para fulminarle con la mirada.

—¿No te gusta lo que ves?

—En realidad me gusta muchísimo.

Y a sus palabras le acompañó una mirada recorriendo cada parte de su cuerpo, una que Aby sintió que sentía calor allí donde había posado sus ojos y creaba un agradable cosquilleo entre sus piernas.

Joder...

Se dio la vuelta bruscamente para calmarse. Sí, sin duda hacía mucho tiempo que no había echado un polvo pero no ayudaba saber que la única persona que había despertado algo así en ella era ese hombre, uno al que estaba conociendo lentamente, de quien cada día sabía algo nuevo, como que era hijo único, que nació en Inglaterra Canadá pero se mudaron cuando él era solo un bebé a Estados Unidos, que sus padres vivían y que eran ese tipo de padres que aún siguen enamorados aprovechando sus tiempos libres en una nueva luna de miel... Que aunque es capaz de tragar todo le gustaba especialmente los espaguetis a la boloñesa, el mismo plátano que Luca adoraba, que su cabello adquiría una tonalidad más rubia en los días soleados...

El mismo hombre que se hacía pasar por el padre de Luca y que eso mismo podía terminar estallándole en la cara.

El mismo hombre del que sabía se estaba enamorado.

Luca no tardó en prepararse, agarrando el regalo que había preparado para Natalie, algo redondo envuelto en papel azul y amarillo con un llamativo lazo rojo que Aby no iba a dudar en soltar la observación de que era demasiado ostentoso cuando Jeyson la agarró de la mano y la apretó con fuerza pero con disimulo para que Luca no lo viera y se limitó a levantar el pulgar.

—Perfecto —aseguró ignorando su ceja levantada.

—¿Verdad?

Jeyson asintió y le apretó aún con más fuerza la mano cuando los ojos de Luca se desviaron hacia ella. Aby asintió efusivamente con la cabeza con una sonrisa forzada mientras se despedía de Luca sin moverse del sofá donde se había sentado junto a Jeyson mientras esperaban a Luca y veían lo que fuera que estuvieran emitiendo en la televisión.

—¿Qué ha sido eso? —explotó.

—El regalo.

—¿Y exactamente qué hay dentro de ese envoltorio tan llamativo?

—Un colgante.

—Un colgante —repitió ella.

—Con unos pendientes a juego —siguió Jeyson.

Aby le lanzó una mirada y Jeyson sonrió.

—Tienen diseño de gato.

—Oh, genial.

—¿Tienes algún problema con los gatos?

—Lo que es un problema es que te haya enseñado a ti el regalo y no a mí.

La sonrisa de él se ensanchó.

—Lo fui a comprar con él.

—¿Qué?

Aby bufó indignada. ¿Así que aparecía un desconocido y este le quitaba todos los momentos que debían ser compartidos con ella?

—Fue una salida de chicos —se defendió él.

Aby volvió a jugar, levantándose del sofá.

—Suficiente.

—¿A dónde vas?

Él la agarró de la mano, impidiéndole avanzar y Aby sintió como se estremecía con un contacto tan simple pero de pronto, a solas tan íntimo.

Volvió a bufar, apartando la mano.

—Necesito una cerveza —gruñó

Capítulo 15

La película fue más aburrida de lo esperado, al menos para ella y seguramente para Jeyson aunque él no protestó ni una sola vez, a diferencia de ella, que no dejó de protestar, sacar faltas, errores y hasta estuvo segura de que echó más de una cabezadita en el hombro de Jeyson.

Aby no estuvo segura de cuando terminó su quinta cerveza, puede que la sexta. Puede que solo la segunda. Era verdad que nunca había soportado bien el alcohol, pero ni siquiera tenía claro por qué había empezado a beber voluntariamente aquella tarde, mientras veían una película absurda, sin duda la peor que pudo haber encontrado, y comían palomitas y algo grasiento y picante que no tenía claro qué era pero que estaba delicioso. Sin duda las manos de Jeyson hacían milagros y los pensamientos de Aby se desviaron sobre qué más cosas serían capaces de hacer…

¡Joder!

Intentó borrar de golpe la niebla de su cabeza y volvió a mirar la pantalla de la televisión tratando de prestarle toda su atención.

¡Claro que sabía por qué se había puesto a beber! Cada día le resultaba más difícil fingir que no le interesaba ese hombre y de hecho, en ese momento ni siquiera entendía por qué tenía que fingir que no le interesaba.

Enarcó una ceja, entrecerró los ojos, cruzó los brazos alrededor del pecho y ladeó la cabeza. Primero la movió hacia la izquierda, después hacia la derecha y puede que en algún momento tuviera que enderezarla completamente porque su espalda se curvaba exageradamente hacia abajo.

—¿Puede saberse qué estás haciendo? —se interesó Jeyson.

Aby no lo miró. Sabía que era mejor no mirarlo.

—Estoy pensando —aseguró con la voz pastosa.

—¿Y necesitas moverte así para pensar?

Aby intentó bufar pero le salieron unos ruiditos raros de la garganta.

—¿Me meto yo con tus manías?

—No recuerdo tener ninguna… así de rara —aseguró él con una sonrisa expendida cuando Aby se giró bruscamente para lanzarle lo que pretendía ser una mirada de fastidio.

—Repite eso —lo desafió.

—No tengo tantas manías raras.

Aby se señaló con un dedo.

—¡Yo no tengo manías raras!

—Oh.

Aby volvió a hacer un amago de bufido y se inclinó un poco más hacia él. Joder, que estaba buenísimo.

—¿Eso qué significa?

—Significa que no voy a discutir con una borracha, que además es la madre de mi hijo.

Esta vez el bufido fue más largo.

—Tu hijo, sí, por supuesto —. Le dio unos golpecitos en el hombro—. ¡Qué más quisieras! —y como si se le hubiera ocurrido de pronto, algo que sin duda no hubiera hecho si todas las neuronas restantes de su cerebro hubieran funcionado con todo su potencial, se puso de rodillas en el sofá e inclinando peligrosamente la espalda hacia él, le agarró las mejillas con ambas manos y prácticamente pegó su rostro al suyo con los ojos entrecerrados.

Durante unos instantes se quedaron así, muy quietos. Jeyson ni siquiera sé movió pero tampoco trató de apartarla.

—¿Qué estás haciendo?

—Me estoy preguntando si debería besarte o no —dijo con una sinceridad arrolladora, haciendo que las cejas de él se elevarán bruscamente.

—Yo te aconsejaría que no lo hicieras.

Aby hizo un puchero. Sin duda, sobria, se hubiera dado por rechazada, se habría levantado dignamente y se hubiera sentado en una postura correcta o se hubiera largado. Dado que era su casa posiblemente lo hubiera echado a patadas pero también, sobria, se hubiera dado cuenta que el error era de ella y que Jeyson no estaba obligado a corresponderle y por él bien de su estabilidad mental mientras Aldo siguiera pululando por los alrededores y la loca satánica de la esposa del reverendo andará suelta y sin medicación, prefería mantenerlo exactamente en el lugar que estaba: en su vida como el padre de Luca.

Aunque fuera todo mentira.

Pero en ese momento estaba borracha y todo le daba bastante igual, así que apretó un poco más las mejillas con la mano.

—¿Y si no quiero hacerte caso? —insistió—. Tú no me das órdenes.

Él la miró muy serio.

—Insisto. Sí juegas con fuego puedes quemarte.

Ella se encogió de hombros o estuvo segura que esa fue su intención.

—¿Y si no me importa quemarme?

Apartó lentamente las manos de la cara de Jeyson, recorriendo su cuello con la yema de los dedos, rozando el suave cabello y acercó un poco más su rostro al de él, lamiendo sus labios con inusitada lentitud.

—Luego no te arrepientas —escuchó la voz de Jeyson.

Después todo sucedió muy rápido para que el cerebro de Aby fuera capaz de comprenderlo todo a la misma velocidad.

En lo que tarda un parpadeo, Aby se encontraba sobre el sofá y Jeyson sobre ella, fundiéndose en un profundo e intenso beso donde sus lenguas, sus dientes y sus salivas se entremezclaban violentamente.

Aby podía notar todo el calor de su cuerpo, la forma en la que sus manos se movían veloces, intentando arrancar la ropa de Jeyson. En algún momento, él se apartó de ella, lo suficiente para desnudarse, para ayudarla a ella a quitarse la ropa, lo hicieron entre risas, besos, mordiscos y caricias.

Aby no tuvo claro cuando dejó de sentirse tan entumecida por el alcohol, disfrutando de las manos de Jeyson recorriendo juguetonas por su cuerpo, apretando sus pechos, mordisqueando sus sensibles pezones los dedos recorriendo sus muslos desnudos hasta alcanzar su centro, penetrándola con ellos una y otra vez mientras sus labios buscaban su boca.

—Jeyson —gimió pasando los brazos alrededor de su cuello, apretándose a él con más fuerza—. Métela ya.

—Hm —fue su única respuesta con voz ronca.

Sus labios besaron los labios de ella, su barbilla y descendieron por su cuello sin que sus dedos dejaran de penetrarla y arrancaran de sus labios suaves jadeos, después sus manos agarraron

delicadamente sus muslos y le separó un poco mas las piernas, acoplando su cuerpo grande y musculoso al de ella y tras volver a besarla, sintió el miembro duro y grande entre sus piernas antes de que se hundiera con fuerza en su interior.

Aby dejó escapar un gemido y apretó los dedos con más fuerza y rabia en la espalda de él, clavando más y más fuerte las uñas en su piel, arañando, clavando y acariciando a medida que las embestidas se intensificaban hasta que ella notó como todo su cuerpo se estremecía, alcanzando el orgasmo, justo antes de sentir como él cuerpo de él se tensaba, eyaculando.

Durante unos instantes los dos permanecieron tumbados, con la respiración entrecortada hasta que lentamente Aby sintió como se le calmaba el corazón.

Ya no sentía los efectos del alcohol pero no podía encontrar ni un solo atisbo de remordimientos. Sin pensarlo, dio un beso en el hombro a Jeyson, haciendo que se moviera, lo justo para volver a besarla en la boca, mucho más lentamente, tomándose su tiempo en explorar su boca, en saborearla.

—¿Qué dices de subir a la habitación? —sugirió él en su oído, una suave caricia.

Aby ronroneó.

—¿A la tuya o a la mía?

La risa de Jeyson la envolvió mientras se apartaba y la agarraba del brazo, tirando de ella y subiendo las escaleras torpemente sin dejar

de besarse.

Capítulo 16

Aby se llevó una mano a la cara, con un gemido, intentando que la luz que se filtraba impasible por la ventana no terminara dejándola ciega y agravando el fuerte dolor de cabeza que le martilleaba desde la nuca hasta las sienes.

—Ufff —murmuró, revolviéndose en la cama cuando un ruido desde abajo, como el de una puerta al abrirse y cerrarse con fuerza le alcanzó como una sacudida—. ¿Qué hora es?

Empezó a palpar debajo de la almohada en busca del teléfono sin abrir los ojos y soportar la pesada luz. ¿Dónde había metido el maldito móvil?

—¡Mamá!

—Ugh.

Aby rebuscó un poco más y su mano se detuvo sobre algo duro. Por un momento no se movió, después abrió un poco los ojos, notando un espasmo de realidad al ver el cuerpo desnudo de Jeyson sobre las sábanas revueltas de su cama.

—¡Mamá!

Aby miró la puerta cerrada de la habitación horrorizada y le dio una patada a Jeyson que se despertó de golpe, incorporándose en la cama algo desorientado.

—¿Qué ocurre?

Se giró a mirarla con expresión confusa.

—Levántate, corre —susurró, agarrando las sábanas y apretándolas contra su cuerpo para taparse lo mejor posible—. Escóndete debajo de la cama.

—¿Qué? ¿Por qué...?

—¡Mamá! ¿Ya estás despierta? Voy a...

—¡Esper...!

Aby no llegó a terminar de hablar. La puerta se abrió de golpe y un sonriente Luca se quedó petrificado con la mano en el picaporte de la puerta.

Sus ojos pasaron de ella, aún en la cama y perfectamente cubierta por las sábanas con el pelo alborotado, cara de muerta y una sonrisa que no encajaba su dolor de cabeza, a la figura que permanecía de pie, lo justo que había conseguido hacer antes de que la puerta se abriera, completamente desnudo.

—Oh —dijo Luca y para mayor sorpresa y horror de Aby, ensanchó la sonrisa—. Lo siento. Podéis continuar. Era la costumbre. No volveré a

abrir esta puerta nunca más.

Y la volvió a cerrar.

Aby miró la puerta cerrada con los ojos muy abiertos y luego, como si reaccionara, dijo:

—¡No es lo que parece!

—¿De verdad piensas que se va a creer eso?

Aby giró el cuello para mirar a Jeyson con una mirada fulminante.

—¿No podías haberte vestido más rápido?

Él sonrió enseñando los dientes.

—Lo siento, entre mis muchas cualidades no sé encuentra ningún superpoder.

Aby entrecerró un poco más los ojos. ¿Iba a dejar de doler la cabeza en algún momento?

—La humildad, por lo visto, tampoco.

Él la miró con fingida sorpresa.

—Pensé que esa era una de mis cualidades.

Aby puso los ojos en blanco.

—¿Por qué demonios no te vistes?

—No tengo ropa aquí. Está en el salón que me dejé ayer a la tarde... —dejó el comentario al aire, con una sonrisa y Aby se sonrojó al recordarlo, haciendo una mueca de fastidio—, o en la habitación de al lado.

—¡Pues vete a por ella!

Aby se levantó, igual de desnuda y agarró una bata, lanzándosela, tal vez para que no saliera por el pasillo desnudo y agarró otra para ella. Después se volvió hacia él que trataba de meterse en una bata rosa diminuta y aunque ridículo, resultaba increíblemente atractivo. Se acercó despacio a él con una sonrisa y apartando sus manos empezó a atarle el lazo de la bata.

—¿No crees que ya es un poco tarde para avergonzarte por verme desnudo?

La sonrisa divertida de su rostro no desapareció.

—Yo no he dicho que vergüenza —aseguró ella—, pero si te estás paseando desnudo frente a mis narices me distraes.

Él la miró alzando una ceja y Aby se encogió de hombros.

—¿Qué? —dijo caminando hasta la puerta dispuesta a darse una ducha y buscar desesperadamente un analgésico para la cabeza—.

Soy humana.

Él se echó a reír y antes de que ella saliera por la puerta, la agarró por detrás y la dio un abrazo, besando su cuello.

—No te vayas aún.

—Me alegra saber que aún te queda energías —dijo ella moviendo el cuello para aceptar su beso pero apartándose suavemente. Se giró para mirarlo—, pero tengo una conversación pendiente con Luca.

Y dado que era de mañana y no había aparecido en toda la noche también iba a recibir el castigo del siglo.

Aunque no era tan fácil pensar en hablar que ponerse a hablar en serio cuando los tres se encontraban alrededor de la mesa y Luca paseaba la mirada de uno a otro con una sonrisilla insufrible.

—¿Dónde estuviste anoche?

—Oh, la fiesta de Nicole se alargó...

—¿Y por eso llegas de mañana?

—Estaban sus padres en casa. No había alcohol y tampoco hubo sexo.

Aby se atragantó con el agua que había cogido para tragarse el analgésico y se limpió la cara con el dorso de la mano.

—¿Qué...?

—¿Entonces volvéis a estar juntos?

—¿Qué? ¡No!

—Sí.

Aby miró a Jeyson incrédula y él le dedicó una sonrisa.

—Aún no hemos hablado...

Jeyson se llevó una mano al pecho y la miró horrorizado.

—¿Solo querías pasar una noche conmigo y ahora no quieres saber nada de mí?

Aby puso los ojos en blanco pero sonrió.

—Entonces estáis juntos —decidió Luca con la misma sonrisa.

—No.

—Sí.

—Como sea —tomó ella la palabra—. Estás castigado.

La sonrisa de Luca se borró lentamente.

—Sí, lo sé.

—Y no solo por las notas. Has venido a la mañana y...

Luca se puso de pie, indignado.

—¡Me dejasteis ir a la fiesta!

—¡No recuerdo haber dicho que podías quedarte toda la noche!

—¡Tampoco que no lo hiciera!

Aby abrió mucho los ojos.

—¡Oh! ¡Encima!

El timbre de la puerta sonó en ese momento y Jeyson se levantó el primero, sin decir nada. Aby no se movió, con los brazos cruzados y fulminando a Luca con la mirada.

—No es justo.

—¿En serio? —Aby bufó—, pues estás castigado hasta que empieces la universidad.

—¿Qué? ¡Por supuesto que no!

Aby volvió a bufar.

—Ya te digo yo que sí.

Aún así, Aby no pudo evitar desconectar de la discusión con Luca, escuchando la voz de Jeyson, algo enfadada y otras voces desde la entrada. Arrugó el ceño. Había dado por hecho que sería Margaret, arrolladora como siempre, pero que no hubiera pasado por un lado de Jeyson sin dejar de hablar y hubiera entrado ya en la cocina como si fuera su propia casa le parecía extraño. Cuando la voz de alguien más que estuvo segura era de Karen Treson se elevó, Aby movió la silla y se levantó.

—¿Qué pasa? —se interesó Luca moviéndose junto a ella hacia la puerta.

Aby se encogió de hombros. Tenía una extraña sensación en el cuerpo, borrando cualquier atisbo de felicidad que hubiera sentido hasta ese momento.

—No lo sé…

Cuando llegaron hasta la puerta de entrada, Aby tuvo la sensación de que Karen Treson, su marido, el reverendo, el sheriff, un hombre que no conocía vestido con un traje negro y Aldo, no habían entrado ya a su casa, invadiéndola, era porque el cuerpo de Jeyson, con las piernas abiertas, los brazos alrededor del pecho y una peligrosa actitud amenazante se interponía entre ellos y la puerta.

—Aby —los ojos de Karen brillaron, un brillo malicioso lleno de satisfacción que le produjo escalofríos—. Queremos hablar contigo.

—Pues da la casualidad de que yo no tengo nada de qué hablar

contigo, con ninguno de vosotros.

—Señora, soy el abogado del señor Jeksey —Los ojos de Aby se desviaron hasta Aldo, quien, con la cabeza alzada la miraba arrogante—. Mi cliente ha presentado una demanda en su contra.

—¿Qué?

—Quiere la custodia de su hijo.

Capítulo 17

—¿De qué mierda estás hablando?

Aby dio un paso al frente, apartando a Jeyson con una mano y se enfrentó a todos. El sheriff levantó las manos e intentó interponerse en medio.

—Vamos, Aby, han llevado el caso a los tribunales. El juez...

—¡Pero que no es su padre!

Eso era de locos. Después de tanto preocuparse de que Jack Letto apareciera y se llevara a Luca, ahora un capullo, el mayor error de su vida, intentaba joderle la vida cuando no llevaba ni una gota de sangre de Luca.

—Aby, sé razonable... Un juez...

—Hemos agilizado el asunto —dijo Karen con una sonrisa malvada —. Un primo es juez y trabaja...

—Me importa una mierda quien sea tu primo, Karen. Y me importa una mierda quien...

—Lo haremos legalmente entonces.

Aby escuchó la voz de Jeyson a su lado y giró el cuello bruscamente para mirarlo, atónita.

—¿Qué...?

En ese momento sacaba su teléfono y hacia una llamada, muy serio, pero cuando se encontró con su mirada le guiñó un ojo.

—¿Norman? ¿Puedes venir a Menhill? ¿Qué? Sí, ahora. Quiero que muevas unos hilos por mí y consigas una orden judicial para unas pruebas de paternidad. Sí, dos.

Aby lo miró aún incrédula. De alguna manera no conseguía relajarse, incluso aunque podía entender que Jeyson la estaba ayudando, fuera como fuera. Cuando cortó la llamada, volvió a mirarlos a todos. La expresión de Karen ya no mostraba la misma satisfacción.

—¿Quién te has creído para meterte en un asunto familiar ajeno?

—Creo que aquí los únicos que se están metiendo en un asunto

familiar ajeno sois vosotros. ¿Queréis solucionar el asunto de la supuesta paternidad de Aldo? Bien. Esto se terminará con una prueba de paternidad.

—Por mí bien —dijo Aldo—. Estoy seguro que soy el padre.

—Eres un idiota —soltó Jeyson—, pero te agradezco que desaparecieras de la vida de Aby para que otros pudiéramos conocer lo maravillosa persona que es.

—¿Cómo...?

Aldo dio un paso al frente pero el reverendo se puso en medio y el sheriff le puso una mano en el hombro, deteniéndolo.

—Es suficiente —dijo el sheriff.

—Sí, además, una prueba de paternidad era algo que íbamos a solicitar de todas formas nosotros también —añadió el abogado lanzando una significativa mirada a Karen que pretendió ser confidencial. Los labios de la mujer se apretaron hasta quedar como una fina línea blanca y Aby comprendió que fuera lo que fuera que hubieran pretendido hacer, no iba precisamente por un camino muy correcto y legal.

—Entonces perfecto —dijo Jeyson con voz fuerte y ruda, imponente —. Está tarde estarán aquí y tomarán las pruebas de ADN.

Aby lo miró preocupada. ¿Las pruebas? ¿Quién más iba a hacerse las pruebas? ¿Él? ¿Estaba loco? Antes de que apareciera con el resultado prefería hablar con Luca y decirle la verdad. Enterarse con

una prueba tan contundente iba a destrozarlo.

Se mordió el labio y miró hacia Luca que se mantenía de pie a su lado.

—Entonces todo correcto —dijo el sheriff—. Sentimos haber venido a molestar.

—¿De verdad te vas a quedar aquí sin decir nada? —espetó Karen mirando a su marido que con una cara amargada y huesuda lanzó una ácida mirada a su esposa.

—Es suficiente de tus intrigas. Se hará la prueba. Sí de verdad Aldo es el padre del muchacho, la ley se encargará del resto. ¿No crees que ya es suficiente de tanta maldad?

Aby alzó una ceja, agradecida con el reverendo que no parecía compartir completamente las retorcidas locuras de su esposa. Se giró hacia ella y le dedicó un saludo con la cabeza antes de darse la vuelta y tras agarrar a su esposa del brazo la obligó a avanzar a su lado.

—Yo también me marcharé. Me hospedo en el hotel. ¿Pueden avisarme cuando vengan a tomar las muestras de ADN?

—Por supuesto.

El abogado también se despidió y se puso a ir a por su coche, aparcado frente a la casa. El sheriff fue el último en marcharse, agarrando a Aldo del hombro para empujarlo.

—Vamos, muchacho, pronto se resolverá todo. Aby, Jeyson...

—Adiós, sheriff.

Aby cerró la puerta de golpe y se enfrentó a Jeyson.

—Luca, sube a tu habitación.

—No, yo me quedo

—Creo que eres tú quién necesita tranquilizarse un poco, Aby.

—¿Qué? ¿Yo?

Jeyson suspiró y miró detrás suyo.

—Me la llevo a dar una vuelta para que se despeje. Tú no te muevas de casa que te recuerdo que estás castigado.

La agarró a ella de la mano y tiró de ella, sacándola de casa. Aby se dio la vuelta para mirar un momento a Luca que los miraba preocupado y Aby volvió a morderse el labio, manteniéndose en silencio un buen rato mientras caminaban en dirección al río.

—Va a ser un desastre —explotó al fin—. Luca sabrá que no eres su padre y se sentirá mal y yo...

—Cálmate.

—¡No puedo calmarme!

—Por supuesto que puedes.

Aby se detuvo bruscamente y apretó los puños con fuerza.

—¡Tú no lo entiendes! Luca es un niño. ¿Crees que no sé que aunque nunca se quejaba, nunca decía nada, siempre quiso saber de su padre? Siempre quiso tener un padre. Yo... Yo no...

Aby se llevó desesperada una mano al pecho.

—Tú, ¿qué?

Jeyson la miró con una suave sonrisa y ella parpadeó, sin comprender.

—¿Qué...?

—¿De verdad crees que Luca es un niño? ¿Crees en serio que es inocente? ¿De verdad piensas que no sabe nada?

Aby arrugó el ceño.

—¿De qué hablas?

—Aby, Luca lo sabe, lo ha sabido desde hace unos años.

Aby abrió mucho los ojos... ¿Luca sabía quién era su verdadero padre?

—Saber, ¿qué? ¿Qué sabe?

—Que tú no eres su verdadera madre.

Aby sintió como si la hubieran abofeteado; abrió mucho los ojos y dio un paso hacia atrás, negando con la cabeza. Jeyson la alcanzó sin dificultad y la agarró de las dos manos, sujetándola entre las suyas y la miró con cariño.

—No es verdad...

Aby volvió a sacudir la cabeza pero no sé apartó. No podía ser verdad...

—Lo es, Aby, y él ha vivido todo este tiempo con miedo, miedo de que tú pudieras cansarte de cuidar un niño que no es tuyo, ha sentido culpa de que hayas tenido que sacrificar tu vida, tus sueños y cree que tal vez también tu propia vida por cuidar de él, por hacerte cargo de él.

—No... ¡Por supuesto que no!

Aby dio un paso hacia la casa que ya no veía desde donde se encontraban pero Jeyson se lo impidió.

—No te lo digo para que te sientas mal o para que tengas que darle una explicación a él. Luca tiene claro que tú eres su madre, la única

madre que él quiere, la única madre que imagina. No quiere explicaciones, pero recuerda vagamente recuerdos de cuando era más niño en el que tú siempre parecías en guardia, como si temieran que apareciera alguien y eras muy sobreprotectora con él.

Aby resopló débilmente y trató de sonreír, cerrando un segundo los ojos antes de apartar las manos y seguir caminando, esta vez sin tratar de alcanzar desesperadamente la casa.

—Su padre —y Aby sonrió con cierto pesar—, es un hombre con problemas. Bebe, se droga... Golpea. Mi hermana, la madre de Luca venía con palizas a casa, drogada... —respiró despacio—. Murió cuando nació Luca y cuando apareció ese engendro y dijo que el niño era suyo y que se lo llevaría simplemente no pude dárselo. Me lo llevé y me fui lejos para que no pudiera encontrarnos. Me amenazó, me dijo que me mataría, que se llevaría al niño y también lo mataría... No sé si fue lo más acertado o no pero yo siempre creeré que hice lo correcto...

—Hiciste lo correcto.

Aby lo miró, volviendo a detenerse y Jeyson también se detuvo. El aire se había hecho más fuerte y frío a medida que se acercaban al río y el viento mecía el cabello de Jeyson, revolviéndolo. Los ojos de aquel hombre destilaban ternura y Aby sintió que se le llenaban de lágrimas.

—Ojalá Luca fuera tu hijo —murmuró con un sollozo.

Jeyson la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—Ojalá fuera de los dos.

Aby se echó a reír.

—¿Crees que Luca también entenderá que tú tampoco seas su padre?

Jeyson no sé dio prisa en responder, aún abrazándola hasta que la apartó lentamente y la miró muy serio. Aby arrugó el ceño.

—Aby, Luca es mi hijo.

Esta vez fue ella la que lo miró durante unos instantes, parpadeando, notando como las lágrimas mojaban sus mejillas.

—Ya no hace falta que...

—Estoy hablando en serio.

Aby parpadeó.

—¿Qué?

—Conocí a Jack Letto en un momento bastante malo de mi vida. Murió mi mejor amigo y fue por mi culpa. Me presentó en un local las sustancias que él manejaba, que él consumía y por qué no? Las probé. Él siempre estaba rodeado de mujeres a las que golpeaba, sí, pero eran tan dependientes de la mierda que les daba que ellas se dejaban cosas mucho peores que aquellos golpes... Conocí a tu hermana una noche. Estaba borracho, ella estaba drogada. Nos

acostamos.

—¿Qué? ¿Conociste a mi hermana? Tú...

—No importa si la conocí o no. Jack Letto es estéril. Él siempre lo supo. Su familia también por un problema de niño o algo que no me interesaba. Nunca fui amigo de Letto pero años después volví al mismo local y me lo encontré. Quería golpear a una mujer, no lo dejé y él empezó a hablar de tu hermana, decía que había muerto pero que su hermana, tú, ocuparías su lugar y que al niño que había tenido lo mataría con sus propias manos.

Jeyson suspiró y Aby lo miró con los ojos muy abiertos, como si le costase comprender todo lo que salía de sus labios.

—Pero...

—No pensé que ese niño fuera mío pero aún así intenté buscarte. En el camino averigüé cosas y empecé a sospechar de la verdad sobre el padre de ese niño. Solo al verlo cuando llegué a Menhill, antes de encontrarme contigo en el bar, tuve la certeza de que Luca es mi hijo.

Aby lo empujó con fuerza y empezó a negar con fuerza.

—No, imposible.

—Aby, no tengo ninguna intención de luchar por Luca. Él ni siquiera querría que le separara de ti.

—¡Pero me has usado!

Los labios de Jeyson se cerraron por un momento y suspiró.

—No.

—¡Sí! Incluso te acercaste a mí solo por Luca.

—Sí, quise conocerte, quise saber quién eras. Es mi único delito. Tal vez mi error fue no hablarte como ahora cuando te conocí pero sé sincera, ¿no me habrías visto como tu enemigo?

Aby volvió a sentir como se le humedecían los ojos.

Joder.

Aquello iba de mal en peor y lo que estaba llevando fatal era que encima él tenía razón. Sí le hubiera dicho eso desde el principio posiblemente hubiera salido huyendo esa misma noche pero ahora no podía. Luca adoraba a Jeyson y este era su verdadero padre, un hombre que a diferencia de Jack Letto podía ser un buen padre para él y no tenía ningún derecho para privarle de eso.

Empezó a caminar de nuevo hacia la cada y Jeyson la agarró del brazo. Aby se apartó.

—Por ahora necesito estar sola.

Y volvió a caminar.

Esta vez Jeyson no la estuvo.

Capítulo 18

Jeyson era oficialmente el padre biológico de Luca.

Ya no había ninguna duda. Los papeles del laboratorio lo confirmaban y Aby no dudaba de que alguien no hubiera colgado los resultados del análisis en el tablón de anuncios del ayuntamiento.

Después de un mes los murmullos y comentarios no sé habían detenido por todo el pueblo pero al menos Karen Treson se cruzaba de acerca cada vez que la veía y eso que salía muy poco, intentando ahorrarse los comentarios irónicos de los habitantes del pueblo que habían sido testigos de la inquina con la que había tratado de hacerla daño.

De alguna manera, los vecinos habían terminado posicionándose a su favor, ya que si incluso Jeyson no hubiera proclamado tener intención de mudarse definitivamente al Menhill, le hubiera resultado bastante difícil salir de una pieza si trataba de quitarle a Luca e irse con él.

Aldo tampoco salió mejor parado. Los comentarios burlones y el desprecio lo obligaron a bajar las orejas y volver a irse junto el clon de Mary Josefine Anderson, quién, al parecer y por los rumores que también circulaban, abandonó a Aldo por un rico empresario de Canadá.

Aby no sintió ni pizca de lástima por él.

También había hablado con Luca. Una conversación larga, lacrimógena en la que ella había abierto su corazón y había hablado más sinceramente que en todos los años que había criado a Luca.

No dejó de sentirse su madre y él no dejó de llamarla tal y como lo había estado haciendo esos casi dieciséis años.

Aby decidió no pensar nunca más en Jack Letto, un fantasma que la había perseguido durante tantos años y que solo ahora sabía que él hacía tiempo que se había olvidado de ella y de un niño que ya sabía que no era suyo.

—¿Y cuándo volveréis a estar juntos?

Aby miró el fuerte color rojo del pintalabios de Dorothy Ferson que la sonreía desde el otro lado de la ventanilla.

—Buenos días, señora Ferson. Hoy también ha madrugado mucho.

—Era por necesidad, hija.

—¿Y en qué puedo ayudarla hoy?

La mujer se acercó un poco más a la ventanilla y Aby también se acercó para poder escucharla.

—Hoy he venido por algo personal.

—Oh, ¿en serio? ¿Qué ocurre?

—Sabes, ya tengo una edad en la que una debe ir pensando en no quedarse sola... Exactamente como tú.

Aby alzó una ceja.

—Por supuesto —la siguió la corriente sin ninguna intención de desenterrar el hacha de guerra.

—Pero tú ya tienes al guapo de Jeyson Davis... que madre mía... Ayudó a reparar los cables de las luces para la fiesta de este fin de semana y terminó con un corro de mujeres...

Se relamió y Aby enarcó aún más la ceja.

—¡Dorothy, céntrese!

La mujer pareció recuperarse y sonrió a modo de disculpa.

—Tranquila, niña. No hay necesidad de tener celos. A mí me gustan un poco más maduritos.

Aby sonrió también. Una sonrisa vacía.

—¿Y exactamente en qué puedo ayudarla?

—Coml decía estoy pensando en encontrar a un hombre.

Y la miró significativamente. Aby sacudió la cabeza.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Bueno, han estado peleándose por tí dos buenos mozos. Algún truco tendrás, ¿no?

Aby estuvo a punto de escupir el agua que había bebido de la botella que siempre llevaba al trabajo y miró a la mujer alucinada. No siquiera planeaba ponerse a discutir que nadie se había peleado por ella.

—No tengo ningún truco.

—Venga, somos amigas, ¿alguna colonia especial?

—Uso la más barata que venden en el supermercado local. La del frasco rojo.

La mujer le lanzó una agria mirada.

—¿Champú?

—¿El más barato?

—¿Gel intimo?

—El jabón del cuerpo. Y la esponja es de esas naturales de color amarillo con textura rugosa.

—¡Qué cochinadas te gustan!

—¿Disculpa?

—¿Y el desayuno?

—Lo hace Luca...

La mujer bufó.

—¡Bien! No me lo digas. Si como sigas igual de rencorosa, tú terminarás igual de sola que yo.

—¡Yo no soy rencorosa!

—No, que va —soltó Margaret al pasar por su lado para coger algo de la fotocopiadora que había a su lado—. Por eso has dado calabazas al pobre Jeyson después de todo lo que se está esforzando.

—Tengo mis motivos.

—Te recuerdo que los conozco y por esa regla de tres, yo soy la que debería estar enfadada contigo.

Le hizo una mueca de disgusto y Aby la sonrió reconciliadora. Soltarle toda la verdad a Margaret había sido una de las cosas más amargada que había tenido que hacer después de hablar con Luca y no sentir las fuerzas de aceptar las cientos de flores que Jeyson dejaba en su puerta con notitas a cuál más dulce que la anterior.

—Es... distinto —murmuró.

—¿Oh? ¿En serio? Tal vez yo soy muy buena.

—¿No podéis hablar más claro? —las interrumpió Dorothy—. Ese chisme aún no ha llegado a mis oídos y parece bastante jugoso.

—No hay nada que contar, señora Ferson y como ve no hay nada en lo que pueda ayudarte...

—Oh, no seas así —protestó ella enderezando la espalda—. Solo vengo a darte una noticia. Por si te interesa.

—No me interesa.

Si de algo estaba segura era que no planeaba convertir ese deporte local como una pasión propia.

—Oh, vaya... Entonces supongo que no quieres saber que el señor Davis ha ido hoy a la estación.

—¿Qué?

Aby echó la silla hacia atrás bruscamente y se puso de pie, haciendo que todos los clientes del banco dejaran de hablar para mirarla.

—Supongo que ha cansado de tus desplantes y ha decidido marcharse.

Aby ni siquiera reaccionó. La mente se le quedó en blanco. Completamente. Y un sudor frío empezó a empapar su espalda. ¿Se iba? ¿De verdad?

—Pobre chico —dijo un hombre por el final de la fila que Aby no conseguía verle la cara—. Hay que reconocer que lo suyo era amor...

—¡Y ya tienen un niño en común!

—Una pena... Hacían una parejita tan bonita...

—Pero se va —se lamentó Dorothy—. Espero que no tengas que lamentarte nunca de haber perdido a quien podría ser el amor de...

—¿Dónde...? —la interrumpió Aby y sacudió la cabeza—. ¿A qué hora se fue a la estación?

—Acabo de dejarlo —dijo Robert Jones con la reluciente placa del sheriff en su pecho abriendo la puerta del banco—. Tenía que hacer unos trámites pero si quieres puedo acercarte también.

Aby no lo pensó. Miró a Margaret suplicante y esta alzó el brazo con el pulgar hacia arriba.

—Vete y no vuelvas sin un hombre para que te decore la casa.

—Y te lave y zurza las bragas —escuchó Aby que una voz decía desde los asientos laterales.

No se giró a mirar a la mujer. Salió a toda prisa de la oficina y

saliendo al exterior, donde la esperaba el sheriff con el brillante coche de policía mal aparcado en la puerta.

—Vamos, entra, Aby.

Aby se subió en el asiento del copiloto y se ajustó torpemente el cinturón de seguridad. Le sudaban las manos y le palpitaba con fuerza el corazón.

No, no podía irse. Incluso aunque no llegará a tiempo, sin duda Jeyson volvería. Tenía que volver. No iba a dejar a Luca atrás y entonces, entonces... hablarían... "Pero ya puede ser demasiado tarde" le recordó una vocecilla en una parte muy ajustada de su cerebro y Aby se mordió el labio.

—¿Puede ir más deprisa?

El sheriff la miró con una ceja levantada pero sonrió.

—Hay que ver...

En unos minutos ya se encontraban en la estación. Aby salió corriendo nada más el sheriff Jones detuvo el coche y Aby empezó a buscar con la mirada, intentando distinguir a Jeyson y cuando la desesperación la inundó, vio el cabello cobrizo inconfundible del hombre del que estaba enamorada. Con una sonrisa y armándose de valor, corrió hasta donde se encontraba, deteniéndose justo en el momento que abrazaba a una mujer se cabello rubio por los hombros a la que Aby no puso verle la cara.

Se detuvo bruscamente, justo a escasos dos metros de distancia y

sintió como se le helaba la sangre, incapaz de moverse y fue entonces cuando Jeyson levantó la mirada y la vio.

Por unos instantes los dos se miraron, Jeyson muy serio y Aby sintió como se le humedecían los ojos. Oh. ¿Así que así era como realmente se sentía cuando se perdía a la persona que una andaba de verdad?

Intentó moverse, marcharse, al menos y conservar la dignidad. Estaba segura que después podría felicitarle y tener una buena relación con él padre de Luca por el bien de su hijo. Sí, podría...

Jeyson se apartó finalmente de la mujer y sin dejar de mirarla sonrió.

—Mamá, deja que te presente a la madre de mi hijo y la mujer de la que estoy completamente enamorado.

Esta vez Aby sintió que se quedaba completamente en blanco.

—¿Qué...?

La mujer, muy parecida a Jeyson y realmente espectacular pese a la edad, se acercó a ella y también la abrazó, con naturalidad. Aby también le devolvió el abrazo, nerviosa, mirando inquisitiva a Jeyson. Este se limitó a encogerse de hombros con una sonrisa.

—Al fin te conozco, Aby —dijo la mujer, apartándose y agarrándole de las manos con una sonrisa—. Teníamos muchas ganas de llegar y poder conocerte a ti y a Luca. Jeyson no habla de otra cosa.

—Ah... Sí...

Aby volvió a mirar a Jeyson y este giró el cuello para desviar la mirada con la misma sonrisa insufrible.

—¿Y dónde se ha metido tu padre? —dijo la mujer volviéndose hacia Jeyson con el ceño fruncido.

—Dijo que iba al baño...

Jeyson señaló hacia el fondo a la derecha y la mujer resopló.

—¡Seguro que se ha perdido! —se giró para volver a mirarla a ella—. Voy a buscar a mi marido y enseguida me cuentas todo.

—¿Hm?

Aby miró horrorizada a la mujer antes de que esta saliera corriendo hacia donde se suponía estaban los servicios y Jeyson se acercó a ella.

—¿Debo entender que ya no estás enfadada?

Aby le dio un golpe suave en el pecho y Jeyson se dobló, riendo.

—¡Pensé que te ibas!

—No pienso hacer algo así cuando las dos personas que más me importan están en este lugar.

Aby hizo un mohín pero también sonrió.

—Pensé que te perdía.

Él la abrazó y Aby no se resistió, sintiendo un beso en la cabeza.

—Eso nunca.

—Bueno, supongo que puedo darte un periodo de prueba…

Jeyson la apartó y la miró dolido.

—¿Cómo que de prueba?

Aby se encogió de hombros.

—Me mentiste…

—Nunca te mentí. Siempre dije que Luca era mi hijo.

—¡No fuiste sincero!

—Mi amor si lo fue.

—Oh —Aby puso los ojos en blanco y lo agarró de la camiseta, acercándolo otra vez a él—, pero no seré muy exigente. Mientras sepas complacerme en la cocina y en la cama no tendré ningún motivo para reprobarte.

—Bien, creo que ahí me desempeño bastante bien —Aby puso los ojos en blanco con una sonrisa y Jeyson la besó en los labios, un beso rápido y dulce—, aunque tendré que hacer algo con el tema de coser… No creo que tenga ningún problema para lavar tus bragas pero, ¿no crees que no hay necesidad de ahorrar tanto como para tener que coserte las bragas si se te rompen? Siempre podemos comprar otras…

Aby abrió muchos los ojos, sintiendo como el calor subía hasta su cabeza y Jeyson se echaba a reír, volviendo a rodearla con los brazos.

—¡Maldito Menhill!

Jeyson siguió riendo, incluso cuando sus padres volvieron con el pelo más revuelto de cuando se habían ido y una sonrisa brillante que alcanzaba los ojos.

—¿Y bien? ¿Conocemos a Luca?

Aby sonrió.

Su familia se había hecho mucho más grande.

FIN

NOTA DE AUTOR

Espero que os haya gustado el libro. Podéis seguirme en mi página de autor de Amazon para enteraros de todos los libros nuevos que vaya publicando.

https://www.amazon.es/stores/Raquel-

Garc%C3%ADa/author/B07QGZ6RW4

Si os ha gustado el libro “si el horno no está para bollos...” podéis leer otros libros de mi biblioteca como “Y si te amo, ¿qué?” “Destino: tu corazón” “Una cita equivocada no siempre es una mala cita” o “¿Por qué tenías que ser tú?” entre otros.